

LA DIVERSIÓN DE MARTINA



fin de curso
en el
Paraíso



LA DIVERSION DE
MARTINA

fín de curso
en el Paraíso



MARTINA D'ANTIOCHIA

Ilustraciones de **Laia López**

montena

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleerkids



@megustaleerkids



@megustaleerkids

Penguin
Random House
Grupo Editorial





¡MADREMÍAMADREMÍA!

¡AY, QUE ME DA ALGO! ¡YUPIII!

¿Que qué ha ocurrido para que esté tan **TREMENDA Y ABSOLUTAMENTE EMOCIONADA**? Bueno, han ocurrido muchas cosas: primero, que me he puesto en pie de un salto con las manos levantadas. Lo he hecho en medio de clase y frente a mis compañeros. Y luego he gritado:



Yo: ¡¡¡YUPIII!!!
¡ESTOY EMOCIONADÍSSIMA!

No es para menos. Estábamos en clase de lengua cuando míster Richard (también es nuestro tutor y es un profe guay, incluso si da clases de lengua) nos ha dicho que..., atención, redoble de tambores... ¡ESTE AÑO VAMOS A HACER UN VIAJE DE FIN DE CURSO!

Igual alguien se está preguntando: *Martina, ¿por qué te emocionas tanto por un viaje de fin de curso? Si eso se hace en todos los colegios...*

Pues porque lo normal es ir de **viaje** de fin de curso cerquita, un par de días a la montaña, a un parque de atracciones... Si nos fuéramos a un lugar así, me habría emocionado, pero no tanto. La verdad es que me he puesto a dar saltos y a

gritar porque nuestro profesor ha dicho que nos vamos a ir de **viaje ¡A LAS ISLAS MALDIVAS!**



Por **ESO** me he puesto tan contenta, y a gritar y tal. Claro que enseguida me he arrepentido un poco, porque todos mis compañeros estaban alegres, sí, pero callados. Y porque el profesor se ha quedado mirándome con cara de susto. (Yo soy así, ¿vale? Si estoy contenta, pues lo demuestro. ¡No sería yo si me quedara callada!). En resumen, que al ver la cara del profesor he esbozado mi mejor sonrisa de niña buena, he hecho una reverencia rápida (es lo que se hace cuando tienes público mirándote, ¿no?, reverencias para saludar) y me he vuelto a sentar muy rápido, porque una cosa es que el profesor Richard no me haya dicho nada por mi grito, y otra es tentar a la suerte si seguía de pie interrumpiendo la clase.

El profesor entonces ha continuado hablando, pero me costaba seguir lo que decía. ¡Estaba demasiado ocupada haciendo planes para el **viaje!**

COSAS QUE HE PENSADO

DEL VIAJE

*¿Qué voy A PONERME? Porque, ojo, ¡no es algo que se pueda decidir así, en el último momento! Aunque lleve una maleta grande para el viaje, tampoco cabe TANTA ROPA. ¿Qué modelitos debería elegir? ¿Y si al llegar allí decido que la ropa que me he llevado no me gusta o, peor, NO ME QUEDA BIEN? ¿Tendré que llevarme ropa de abrigo? ¿O hará calor?

*¿Qué vamos a hacer allí? Pasarlo bien, eso SEGURO. Si ya lo paso bien con mis amigos en Marbella y en el colegio, cómo será EN UN PAÍS EXÓTICO? ¿Habrá playas? ¿Bosques y junglas que explorar?



*También he pensado que nunca había viajado tan lejos (las **Islas Maldivas** están lejísimos... Debo reconocer que no sé **EXACTAMENTE DÓNDE**, pero lejos, segurísimo). El corazón me latía rapidísimo de la emoción. ¡Ojalá pudiéramos montarnos en el avión mañana mismo!

De repente Sofía, que está sentada a mi lado, se ha inclinado hacia mí con cara triste y me ha distraído de mis planes para el **viaje**.

Sofía: Yo también tengo muchas ganas de ir a las **Maldivas**, pero no sé si mis padres me dejarán...

Antes de que pudiera responderle, Nico se ha añadido a la conversación. Es que tenemos mucha suerte porque en clase podemos sentarnos donde queramos... ¡y yo siempre me siento con mis amigos! Sofía ocupa el escritorio de mi derecha, y Nico justo el de detrás.

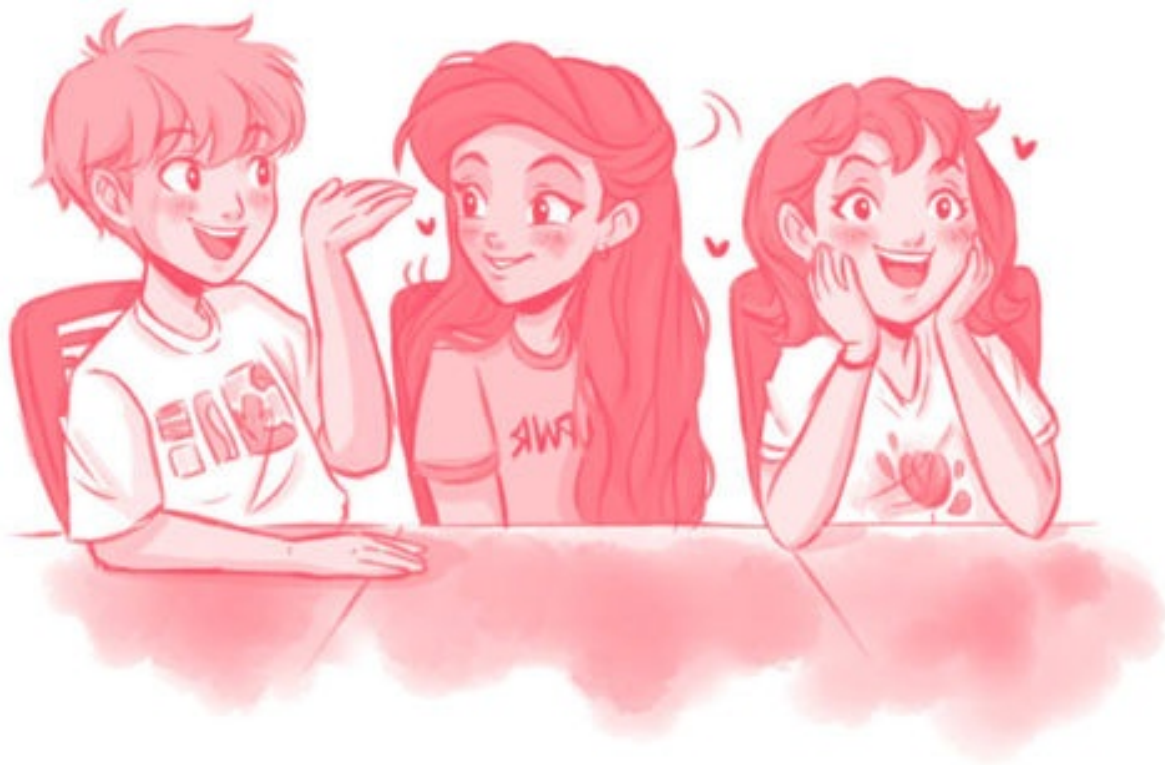
Nico: Pues yo creo que mi padre sí me dejará ir al **viaje**, pero no

sé cómo voy a convencerlo de que nos vamos a quedar una semana entera...

Nico tenía razón. ¡Son un montón de días! ¡Nos perderíamos todas las actividades extraescolares!

Yo: Pero a ver, que las Maldivas están lejísimos, ¿no? ¡Así que mejor estar mucho tiempo para aprovechar el viaje!

En ese momento, alguien me ha dado un golpecito en el hombro. Yo he sentido un escalofrío por toda la espalda, porque igual que Sofía está a mi derecha y Nico detrás de mí en clase, Hugo está a sentado a mi izquierda (por tanto, yo en medio, ¡claro! ¡En el medio es donde está la acción!). Me he vuelto hacia él, y casi sin darme cuenta ya estaba sonriendo.



Hugo: Vamos a alojarnos en un hotel, ¿verdad? ¡Yo quiero que Nico sea mi compañero de habitación!

¡Un hotel! ¡Ni siquiera había pensado en que nos alojaríamos en un hotel! (Obvio, porque mis amigos han interrumpido mis PENSAMIENTOS SOBRE EL VIAJE.) Por supuesto, he estado en hoteles montones de veces, pero ¡con mis padres! Y, la verdad, es un poco aburrido. Es como estar en casa, no se puede hacer nada, pero estar en un hotel con mis amigos...

Sofía: ¡Pues yo quiero que Martina sea mi compañera de cuarto!

Por descontado, me ha parecido una **GRAN IDEA**. Sofía es mi mejor amiga, así que... ¿con quién mejor podría compartir habitación de hotel?

Ya volvía a emocionarme de nuevo pensando en lo que haríamos. Cosas como FIESTAS en la habitación, pero luego una parte de mí, una pequeña y que no me gusta mucho (porque es una parte de mí que a veces se pone un poco negativa) ha pensado: *Frena, Martina, frena, ¡todavía no sabes si van a dejarte ir!*

Por eso he dicho cruzando los dedos:

Yo: Bueno, aún no sé si podré ir contigo, hasta que mi padre no me dé permiso... ¿Sofía? ¿Por qué pones esa cara tan rara?

Es que mientras estaba hablando, Sofía ha abierto mucho los ojos, y cuando me he vuelto hacia Nico he visto que él estaba igual. Hugo tenía la cabeza baja, como si de repente le interesara UN MONTÓN el libro de lengua que tenía abierto sobre el pupitre.

¡PORQUE ESTÁBAMOS EN CLASE, CLARO! ¡CON TANTOS PLANES SE ME HABÍA OLVIDADO! Y lo que es peor: no me había dado cuenta de que el profesor González, estaba justo a nuestro lado.

Míster Richard: ¡MARTINA, HUGO, SOFÍA Y NICO! ¿HABÉIS TERMINADO YA DE CHARLAR? ¿O TENDRÉ QUE CASTIGAROS?

¡SOCORRO! ¿¡Y SI NOS CASTIGA Y ENTONCES NO PODEMOS HACER EL VIAJE!?

Los cuatro nos hemos erguido, muy callados, con muuucha cara de pena...
Pero ¡entonces ha sonado el timbre del final de las clases! ¡Salvados!





¡¡QUE NOS VAMOS
DE VIAJE!!

Bien. Como siempre, he regresado dando un paseo hasta mi casa. Un buen trecho del camino lo hago con mis amigos, y lo hemos pasado charlando sobre lo emocionante que sería el **viaje**. Cuando me he separado de ellos, entonces sí, he comenzado a preocuparme de verdad, no sabía qué le diría a mi padre para convencerlo...

Al llegar a la calle donde vivo, he visto que estaba en el jardín. Me he dicho: *Martina, respira, tranquila. ¡Tú siempre encuentras soluciones a todo!* Y, por supuesto, ¡es verdad! ¡Hay que ser valiente y no dudar! Al contrario; lo mejor es confiar en que todo irá bien, así que he respirado muy hondo mientras cruzaba la verja del jardín de mi casa y me he acercado a mi padre con la mejor sonrisa de niña buena que tengo (es una sonrisa superútil) y le he dicho, casi sin dejarle reaccionar:

Yo: ¡Papá! He sacado superbuenas notas en todos los últimos exámenes, así que por favor, porfa, porfa, ¿puedo ir al **viaje** de fin de curso que el profesor Richard está preparando?

Y luego, para darle más fuerza a mis palabras he añadido, juntando las manos como si rezara: ¡PORFAAA!



Mi padre se ha quedado muy quieto. Yo creo que lo he pillado por sorpresa con eso del **viaje** y recordándole las buenas notas que he sacado (¡aunque es verdad que he sacado buenas notas! Bueno, al menos las he sacado en casi todo. No voy a hablar del último examen de matemáticas, pero es que... ¡son matemáticas!). De todas formas, al cabo de unos segundos se ha llevado la mano a la barbilla, como si lo estuviera pensando. Yo no me he movido ni he cambiado mi cara de niña buena, aunque por dentro me estuvieran comiendo los nervios. Entonces ha dicho:

Papá: Bueno, Martina, esta semana te has portado muy bien y no te has metido en ningún lío, creo que te lo has ganado... Si mañana sigues igual de bien, entonces iré a reservar plaza para el viaje...

¿Sabéis qué? ¡MI PADRE ES EL MEJOR DEL MUNDO! Igual que me había ocurrido en clase, me he puesto a bailar y a chillar de la emoción hasta que me he acordado de todo lo que había que planear para el viaje...

Yo: ¡Genial, papá! ¡Pues entonces no perdamos más tiempo! Tenemos que ir al centro comercial a comprarme un bañador, unas gafas de sol nuevas, un conjunto chulo con unos shorts y una camiseta colorida y también me gustaría una minifalda, un vestidito corto para las fiestas que se harán al aire libre, crema solar, gafas de buceo, y... ¡también las aletas! ¡Y si puede ser, un flotador en forma de rosca! ¡Y...!

Cuando me he puesto a pensar, ¡no podía parar! Pero mi padre me ha interrumpido. No parecía tan contento como un minuto antes.

Papá: Un momento, un momento... Pero ¿adónde vas de viaje, tan veraniega?

Uy. Es verdad, ¡todavía no le he dicho adónde viajamos! (Aunque ya me ha dado su consentimiento... ¡No vale ahora cambiar de opinión, papá!)

Yo: Pues... el viaje es a las Maldivas...

Y entonces tendría que haberme tapado las orejas, porque mi padre ha soltado el grito más fuerte de todos los tiempos. Ha dicho un ¿QUÉÉÉ? tan alto que yo creo que nos han oído todos los vecinos. Luego ha empezado a ponerse rojo (quizá por culpa de gritar tanto, ¿no?) y ha apretado los puños muy fuerte.

Papá: Pero ¿cómo que te vas a las Maldivas? ¿Acaso sabes dónde está eso?

Y la verdad... ¡Pues la verdad es que no! Me he quedado con la boca abierta, sin saber qué decir. Estoy segura de que en clase el profe nos lo ha explicado,

pero ¡yo estaba tan ocupada alegrándome del **viaje** que ni me he enterado! De todas maneras, en ese momento mi padre ya estaba informándome.

Papá: Por si no lo sabes, ¡están en la otra punta del mundo!



Enseguida me he dado cuenta de que si mi padre me decía que las **Maldivas** estaban en la otra punta del mundo no era para informarme..., sino que quería decir que eso estaba muy lejos, y que no le parecía bien que fuera al viaje...

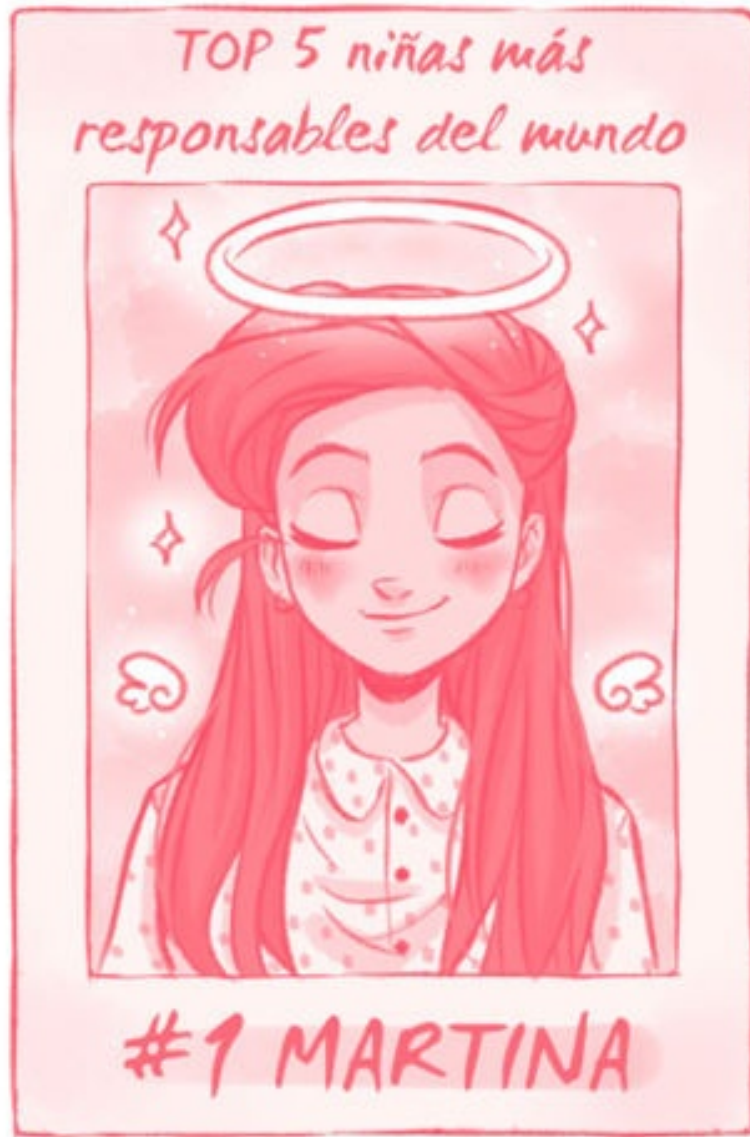
Yo: Pero ¡papá..!

No me ha dejado terminar. Con el ceño tan fruncido que parecía que solo tenía una ceja, mi padre me ha dicho:

Papá: Ni pero ni pera, señorita. Para que te dejara ir a un **viaje** tan lejos tendrías que demostrarme que eres muy, pero que muy responsable, cosa que no eres.

Se me ha caído el mundo encima. Me he imaginado, de repente, lo terrible que sería si todos mis amigos se iban al **Viaje** sin mí. ¡No podría soportarlo! A la desesperada, me he puesto de rodillas en el suelo, suplicándole a mi padre. Incluso, cuando comenzaba a marcharse, me he agarrado a él para que me escuchara. Esta vez no he tenido que poner una cara de pena falsa, ¡estaba supertriste y desesperada de verdad!

Yo: ¡Papá, te prometo que si me das unos cuantos días te demostraré que soy muy, pero que muy responsable! ¡Te demostraré que soy tan responsable que si buscas en internet «Top 5 niñas más responsables del mundo», saldré yo la primera!



Ya me temía que mi padre no me haría caso y, como yo todavía seguía agarrada a él, me arrastraría por el césped del jardín hasta casa, pero no. Se ha detenido y luego ha dejado escapar un resoplido tan fuerte que me ha despeinado el flequillo y todo.

Papá: Bien. Si eso que dices es cierto, entonces te daré unos días...

Yo ya comenzaba a emocionarme otra vez, pero entonces ha añadido:

Papá: Y si cumples lo que prometes, lo pensaré.

LO PENSARÁ.

No es lo que yo hubiera preferido (¡yo habría querido que me dijera que sí enseguida y luego me llevara de compras!), pero era mejor eso que una negativa firme... Le he dado las gracias mil veces, y luego, mientras me metía en mi casa, he cogido el móvil para avisar a mis amigos de que, aunque no estaba segura al cien por cien de poder ir al **viaje**, quizá estaba al... pues no sé, al setenta por ciento.

Martina dice: ¡Hola, chicos! ¿Vuestros padres al final os dejan ir al viaje? ¡Mi padre lo está pensando!

No les he dicho que mi padre lo estaba pensando con la condición de que le demostrara que era una niña responsable, no quería preocuparlos...

Sofía dice: Pues mi padre dice que, si voy, voy con Lucía porque dice que ¡¡soy muy pequeña para ir sola!!! ¡¡Es injustooo!!!

Martina dice: ¡Bueno! Espero que si viene tu hermana no os peleéis como pasó la última vez, ¿eesh?! 😊

Nico dice: Mi padre me deja.

Hugo dice: ¡Morrudooo! ¡Mis padres no me dejan! ¡Qué injusticia!

¡Ostras! Sin dejar de mirar el teléfono por si mis amigos decían algo más, he llegado a mi cuarto (¡que está completamente reformado después de mi última aventura! ¡Ha quedado maravilloso!) y me he sentado en la cama con el corazón dividido: Nico y Sofía podían ir al **viaje** (¡incluso Lucía!), y me daba mucha pena y mucha rabia perdérmelo pero, a la vez, Hugo decía que no podría... así que si al final mi padre se negaba a que fuera, ¡al menos tendría a Hugo!

¡OJALÁ TODO SE RESUELVA!





OBJETIVO: ¡SER RESPONSABLE!

Bueno. Hoy es un nuevo día, y me he hecho el propósito de cumplir mi parte del trato con mi padre. Me he levantado temprano, me he preparado el desayuno y me he aseado para ir al colegio. ¡Mis padres ni siquiera han tenido que meterme prisa para que me marchara a clase! En realidad he llegado al colegio antes de que sonara el timbre de inicio de las clases, y me lo he tomado como una buena señal, como si, al comenzar tan bien el día, todo fuera a salirme bien. He estado superatenta, apenas he charlado con mis amigos (y eso que, como están sentados a mi lado, lo de charlar es una tentación **TREMENDA**), me he apuntado todos los deberes que nos mandaban los profesores... Entonces, en la última clase del día, que era de matemáticas (¿se acuerda todo el mundo de que yo **ODIO** las matemáticas?), he abierto mi estuche para coger un lápiz y he visto que Nico me había dejado una nota dentro. Yo no quería leerla, porque seguía intentando ser superresponsable, pero como el profesor estaba escribiendo en la pizarra, he pensado que no se daría cuenta.



¡CUATRO DÍAS! ¡CUATRO DÍAS ES NADA DE NADA! Tenía ganas de gritar, pero, claro, no lo he hecho porque no quería ganarme un castigo. De todos modos, se me ha caído el alma a los pies, porque no sabía si podría convencer a mi padre de que era una niña responsable en tan poco tiempo...

Nada más sonar el timbre del final de las clases he salido lo más rápido que he podido del colegio. Ni siquiera me he detenido a esperar a mis amigos, y eso que normalmente una parte del trayecto la hago con Sofía, pero hoy no, hoy tenía mucha prisa. A medio camino ya estaba corriendo y mientras cruzaba el jardín de mi casa comenzaba a faltarme el aliento. Por fin he abierto de un empujón la puerta de mi casa... y estaba todo oscuro.

Mi casa parecía el escenario de una película de terror. ¿He dicho alguna vez que no me gustan NADA las pelis de terror? A veces las veo porque mis amigos van al cine y **NO VOY A QUEDAR COMO UNA MIEDICA**, pero no me gustan ni pizca.

ERRORES QUE SIEMPRE COMETEN LOS PERSONAJES DE LAS PELÍCULAS DE TERROR

* **Separarse del resto del grupo.** Vamos a ver: en pelis tipo de asesinos y de monstruos, siempre hay el típico personaje que decide explorar por su cuenta. ¡Y lo matan! ¡Claro! ¡Si es que hay que ser tonto...!

* **Ir a lugares siniestros o superaislados porque sí.** Las pelis de terror suelen ocurrir en sitios que dan mucha grima, como casas abandonadas, sanatorios ruinosos, cabañas en medio del bosque... ¡Yo nunca estaría en un lugar así!

* **Pensar que el malo está muerto.** En las pelis de terror el malo ¡NUNCA MUERE A LA PRIMERA! Siempre resucita para dar un último susto.

Y EL ERROR MÁS GRANDE DE TODOS

* **Entrar en un lugar que da miedo u oír un ruido y preguntar:** «¿Hay alguien aquí?». Porque es una peli de miedo, ¡claro que hay alguien!

Aunque debo reconocer una cosa: he entrado en mi casa a oscuras y he caído en la trampa. He dado un paso hacia el salón y he preguntado:

Yo: ¿Papá? ¿Estás ahí? Ya he llegado...

No se oía ni el vuelo de una mosca. Había tanto silencio que podía escuchar mi propia respiración. En un lado del salón de mi casa hay un gran espejo con forma de diamante, y a través de su reflejo he visto que el sillón blanco que está al fondo del salón estaba vuelto mirando a la pared. He dado cuatro pasos hacia delante mientras un escalofrío me recorría la espalda. Entonces, el sillón ha comenzado a girar, haciendo un chirrido de lo más siniestro.



Allí sentado... ¡estaba mi padre!
¡Qué SUSTO! Encima, él se ha echado a reír.

Papá: Ya veo que has vuelto del colegio... Tienes cara de querer contarme algo, así que suéltalo.

No tengo ni **idea** de por qué mi padre estaba tan raro... ¡Me estaba poniendo muy nerviosa! (Y que el salón estuviera a oscuras no ayudaba para nada.) Parecía que estaba deseando que le contara lo del **viaje**. Vamos, a mí me lo ha parecido, si no, ¿a qué venía todo eso? ¡Sé valiente, Martina!

Yo: Bueno, pues... mmm..., pues la verdad es que sí quería contarte algo... es que me he enterado de que solo quedan cuatro días para reservar plaza para el viaje a las Maldivas y...

No he llegado a acabar la frase porque en ese momento mi padre se ha puesto en pie. La verdad, todo seguía dándome muy mala espina, y más cuando mi padre ha comenzado a caminar hacia mí.

Papá: De acuerdo, Martina. He pensado que podemos hacer un trato. Si de verdad quieres ir al viaje, quizá podría interesarte...

¿Que si me interesaba? En ese momento estaba dispuesta a hacer LO QUE FUERA...

Papá: Bien, entonces el trato es que... te doy hasta mañana para traerme información básica sobre las Maldivas. Eso incluye: cuál es la comida típica de allí, la población que tiene y, lo más importante de todo, que sepas situarme el país en un mapa. Creo que en realidad es un trato justo...

¡JA! ¡Un trato justo, ha dicho! Yo me he quedado con la boca abierta de la impresión porque no me lo podía creer: ¡QUERÍA QUE HICIERA UN TRABAJO! ¡Eso era, desde luego, peor que cualquier peli de terror!

Yo: Pero ¡papá! ¡Que estoy en primero de la ESO y tengo un montón de deberes que entregar! ¿Encima quieres que te traiga información sobre un viaje que voy a hacer?

Quería añadir que, además, si me mandaba TRABAJO EXTRA, yo no sabía cómo me las apañaría para terminar los deberes y trabajos de la escuela, y que me sería imposible demostrarle, como me había pedido el día anterior, que era una niña responsable. Pero mi padre se ha inclinado hacia mí y ha dicho:

Papá: ¡Por eso mismo! ¿Cómo vas a viajar a un sitio del que no tienes ni idea? Quiero que estés bien informada de adónde vas, señorita.

Me he quedado helada. Me ha llamado «señorita». Yo antes pensaba que lo peor que me podría pasar era que mi padre me llamara por mi nombre completo, pero ahora estoy segura de que es muchísimo peor que me llame «señorita». Cuando mete esa palabra en una frase quiere decir que va en serio. No me ha quedado más alternativa que tragarme el orgullo y aceptar.

Yo: Vale, buscaré información sobre las Maldivas...

Con esa promesa, parece que mi padre se ha quedado contento, por lo que me he ido a mi habitación superdecidida pero muy enfadada, porque ¿no le basta con que le haya prometido que seré responsable? ¿Por qué, ENCIMA, tengo que hacer un trabajo extra? Es injusto, totalmente injusto. Pero voy a hacerlo igual, buscaré TODA LA INFORMACIÓN, LA MEJOR INFORMACIÓN SOBRE LAS MALDIVAS QUE MI PADRE HAYA VISTO JAMÁS. Pero quiero que quede una cosita clara: solo lo haré porque de verdad quiero ir a ese viaje. Si no, anda que iba yo a perder el tiempo...

Al llegar a mi cuarto (que ¡qué bonito ha quedado, jolines!) me he sentado ante mi escritorio dispuesta a reunir toda la información sobre las Maldivas.

COSAS QUE HAY QUE SABER
SOBRE LAS maldivas
PARA PODER IR DE viaje



¡CAMBIO DE PLANES!

Pues, al final, ayer dejé la lista de «Cosas que hay que saber sobre las Maldivas para poder ir de viaje» en blanco, pero es que... ¡no me dio tiempo! ¡Yo tengo una vida superocupada! (ya se lo dije a mi padre).

LO QUE HICE EN VEZ
DE INVESTIGAR SOBRE
LAS maldivas

***Jugar con mi gato Lili** (¡es que vino a mi habitación y quería jugar!

¡¿Cómo iba a decirle que no?!).



***Charlar con mis amigos por WhatsApp** (¡es que había que hablar del viaje! ¡¿Cómo no iba a estar en esa conversación?!).

***Acabar de preparar uno de mis vídeos, que se me había olvidado** (¡¿cómo iba a dejar a mis seguidores sin vídeo?!).

Y claro, cuando quise ponerme a investigar, ya era tarde... Debía de estar muy cansada porque, esta mañana, a pesar del despertador, me he quedado dormida. Cuando por fin me he levantado de la cama ¡era tardísimo! Normalmente no me importa (mucho) llegar tarde a la escuela, pero como todavía tenía que demostrarle a mi padre que soy una niña responsable, me he vestido a toda prisa y he salido de mi casa sin ni siquiera desayunar. He llegado caminando hasta el colegio sin ninguna esperanza, despacio, mirando hacia abajo a punto de llorar (y, además, tenía hambre), pero entonces he visto a Sofía a lo lejos. Mi amiga me ha saludado muy alegre, pero enseguida se ha puesto seria.



Sofía: ¿Por qué estás tan deprimida? ¡Si es miércoles! ¡Hoy tenemos informática a primera hora!

Yo estaba a punto de contarle todo lo que había pasado, que mi padre no me dejaría ir al **viaje** si no le llevaba un trabajo **QUE NO HABÍA HECHO**

PORQUE TENGO UNA VIDA SUPEROCUPADA, pero entonces, gracias a lo que me acababa de decir Sofía, me he dado cuenta de algo...

Yo: Espera... ¿has dicho informática?

Sofía: Sí, ¿por?

He dado un salto tan grande, con los brazos extendidos, de alegría total, ¡que casi le doy un golpe sin querer a mi amiga!

Yo: ¡¡¡YUPIII!!! ¡Qué bien! ¡Tengo que hacer un trabajo superimportante y puedo aprovechar la hora!

Se me había ocurrido una **idea** brillante: ¡podía hacer el trabajo en clase! Me sentía la chica más feliz del mundo... Sin embargo, esa felicidad me ha durado dos milésimas de segundo. Todavía estaba dando saltos, contentísima con mi **idea**, cuando hemos entrado en la escuela y hemos visto a Hugo, que caminaba hacia nosotras porque iba a su taquilla.

Hugo: ¡¿Sabéis qué?! ¡Al final mis padres me dejan ir al viaje! A cambio tendré que sacar buenas notas en todo y encerrarme a estudiar a la vuelta pero... ¡Valdrá la pena seguro!

Íbamos a decirle que nos alegrábamos mucho por él, pero no se ha parado y mientras andaba se ha girado para decirnos que llegaba tarde a clase y que después nos lo contaría.

Y, al girarme a comentar la noticia con Sofía, he visto que... ¡se ha sonrojado! En serio, la alegría se me ha escapado de golpe y, de repente, mi cabeza ha comenzado a llenarse de dudas. Bueno, de una duda en realidad.

Yo: Oye, Sofía... ¿crees que podrías responderme a una simple pregunta?

Sofía: Claro.

Aunque por un momento CASI lo he repensado, al final le he preguntado:

Yo: ¿Te sigue gustando Hugo?

Yo pensaba que Sofía no podía ponerse más roja, pero en ese momento su cara se ha puesto del color del chile picante.

Sofía: ¿Qué? ¡No, no! ¡Qué va! ¡Para nada!



Pero eso me ha sonado a pura mentira.

Las primeras pistas de que a Sofía le gustaba Hugo las vi en ese sueño maravilloso que tuve, el sueño en el que viajábamos a Londres en una avioneta. Luego, cuando vivimos esa aventura extraña (pero ¡genial!) a través del túnel que descubrí en mi habitación, estuve casi segura de que Sofía y yo estábamos enamoradas del mismo chico. Y ahora, al preguntarle, ¡me decía que no! No la he creído para nada... sobre todo porque, justo en ese momento, Hugo ha pasado por nuestro lado cargado con los libros de la taquilla y Sofía se ha tropezado... ¡con tan buena suerte que, para no caer, ha tenido que agarrarse de su hombro! Y él, claro, como es así de bueno, la ha sujetado.

Hugo: ¡Cuidado, Sofía! ¿Estás bien?

Ella no solo estaba igual de roja que antes, sino que encima, con todo el morro, seguía agarrada a Hugo, como si se hubiera hecho daño de verdad.

Sofía: Bueno... pues la verdad, no lo sé. Me duele mucho. Quizá debería ir a la enfermería, pero me va a ser imposible porque no puedo ni cojear...

Sofía entonces ha mirado a Hugo con cara de pena, pero le ha salido mal el plan, porque él ha dicho:

Hugo: No te preocupes, Sofía, seguro que Martina podrá acompañarte.

Yo, por dentro, me estaba partiendo de la risa. ¡Pobre Sofía! Estaba haciendo lo imposible para que Hugo le hiciera caso y él ni se daba cuenta... aunque al final, la muy lista, se ha salido con la suya.

Sofía: Me encantaría que mi mejor amiga del alma y del corazón me acompañara... pero es que la pobre tiene que hacer un trabajo por ordenador y tiene mucha prisa, así que no le quiero robar más tiempo. Ya sabes lo que dicen: el tiempo es oro.

¡«Mejor amiga del alma y del corazón», ha dicho! ¡Qué morro! Yo he intentado replicarle, porque en ese momento habría preferido frustrar los planes de Sofía con Hugo, incluso aunque hubiera significado quedarme sin **viaje**, pero Hugo ha sido más rápido que yo en contestar:

Hugo: Mmm... bueno, yo también tenía mucha prisa, pero si no tenemos más opción...

Estaba tan indignada que no he sabido qué decir mientras la muy caradura, bien agarrada al hombro de Hugo, ha comenzado a caminar en dirección a la

enfermería con una sonrisa espantosa en los labios. Incluso me ha dicho, mientras pasaba por mi lado:

Sofía: ¡Que te vaya muy bien el trabajo, Martina!

He estado A PUNTO de seguirlos, dispuesta a demostrarle a Hugo que Sofía estaba mintiendo, y que no le dolía nada el pie, sino que solo quería que él la acompañara... pero me he obligado a caminar hacia el aula de informática. Si no podía estar con Hugo, al menos, ¡haría el trabajo!



¡LAS COSAS SE COMPLICAN!

Después de que Hugo y Sofía se marcharan, he ido a la clase de informática. Allí me he sentido MUY SOLA, porque Sofía normalmente se sienta a mi lado pero hoy, POR SUPUESTO, se había olvidado de su mejor amiga porque prefería estar con Hugo. A pesar de todo, he decidido no perder más el tiempo. En cuanto el profesor no miraba, he aprovechado para buscar información interesante. Al final, he encontrado una página web tan buena que he pensado: *Mi padre se va a quedar con la boca abierta cuando le enseñe todo esto. Tendrá que dejarme ir al viaje, sí o sí.* Gracias a esa web, que tenía respuestas geniales a todas mis preguntas, me ha dado tiempo a hacer el trabajo durante la clase de informática y, ENCIMA, he podido imprimirlo. Para asegurarme de que no me olvidaba del trabajo he doblado el papel y lo he metido en el bolsillo de mi chaqueta. ¡Ya lo tenía todo listo!



Estaba tan contenta que, durante el resto de las clases del día, no me ha costado nada esforzarme al máximo y atender a las explicaciones de los profes (es que no se me olvidaba que otra de las cosas que me había pedido papá para dejarme ir a las **Maldivas** era que le demostrara que podía ser responsable).

Cuando ha sonado el timbre yo tenía tanta prisa por darle el trabajo a mi padre, que me he ido sin despedirme de mis amigos: necesitaba llegar a mi casa cuanto antes. He salido pitando a la calle pero me he dado cuenta de que caminando tardaría mucho. Entonces he visto una cosa que me podría venir de perlas: ¡una bicicleta! No estaba atada con cadena ni nada, sino que simplemente la habían apoyado frente a la puerta del centro. ¡Quizá estuviera abandonada! O, bueno, quizá el propietario de la bicicleta solo la había dejado allí un momento pero... pero ¡yo estaba en una situación de emergencia! Me he montado en ella y he comenzado a pedalear lo más rápido que podía. Incluso, para llegar más rápido a casa, he decidido coger un atajo cruzando un parque.

Ahí se han comenzado a torcer las cosas.

Iba rapidísimo por una calle con pendiente, y de repente he visto cómo, por

culpa del viento y de la velocidad, el papel con el trabajo se ha medio salido del bolsillo de mi chaqueta y estaba colgando. He intentado frenar, pero justo en ese momento pasaba por encima de una rejilla y la bicicleta, conmigo encima, ha dado un salto brusco... ¡Y el papel con el trabajo ha salido volando del bolsillo y ha caído por la alcantarilla!

¡NOOO!

Y cuando pensaba que las cosas no podían ir peor, se han torcido DE VERDAD.

LISTA DE DESASTRES QUE HAN OCURRIDO DESPUÉS DE QUE PERDIERA EL TRABAJO SOBRE LAS maldivas

*Impactada, he intentado frenar la bicicleta para ver si podía recuperar el papel.

*Al parar la bicicleta, los frenos no solo han hecho un ruido espantoso, sino que encima casi salgo disparada (en ese momento me estaba arrepintiendo mucho de haber tomado prestada la bici, la verdad. Y eso que no sabía lo que iba a ocurrir luego).



*Mientras por fin me bajaba de la bici, he visto a un perro. En general me gustan mucho los perros, pero este ha comenzado a correr hacia mí.

*El perro era muy grande, iba sin collar. Parecía enfadado. O hambriento.

*Como me había bajado de la bicicleta, sabía que no era lo bastante rápida para huir de él. He mirado a mi alrededor, buscando una forma de escapar, y he visto UN ÁRBOL (he pensado: *Los perros no saben trepar a los árboles, ¿verdad?*).

*Mientras trataba de subirme al árbol, me he caído en un charco y me he manchado la falda de barro.

*La buena noticia es que, por fin, he podido trepar al dichoso árbol. La mala es que el perro se ha quedado junto al tronco, ladrándome.

*El perro no se marchaba.

*En serio, no se ha movido de debajo del árbol en no sé cuánto tiempo.

*Ninguna de las personas que pasaban por allí me ha ayudado. Quiero pensar que no es que no quisieran ayudarme, sino que el perro les daba miedo. Pero ¡ya podrían haber hecho algo!

***POR FIN**, el perro ha visto alguna cosa que le ha interesado más que yo. Creo que era una pelota con la que dos niños jugaban a un lado del parque, y se ha marchado a perseguirla. Antes de que al animal se le ocurriera regresar, me he bajado del árbol. El bajo de la falda se me ha enganchado en una rama y se ha roto. No era mi falda favorita, pero ¡**ERA LO QUE ME FALTABA!**

*He ido a esconderme al final de uno de los caminitos del parque, para que el perro no me encontrara si regresaba. Entonces me he dado cuenta de que ya había oscurecido, y he mirado la hora. Eran las ocho y media.

*Y he pensado: **CUANDO LLEGUE A MI CASA MI PADRE ME MATA.**

Desde luego, la lista de desastres es larga. Después del incidente con el perro, he estado a punto de derrumbarme. Estaba perdida, tenía frío, sueño y hambre. Tenía pocas esperanzas de que algo bueno me ocurriera... hasta que de repente he visto una luz. Y llevando la luz (luego he visto que en realidad era una linterna), ¡a un policía!

Todo el mundo sabe que si estás perdida o en apuros, ver a un policía es una buena noticia.

Policía: Oye, jovencita..., ¿qué haces sola a estas horas? ¿No deberías estar con tu familia? Espera..., ¡tú eres Martina!

¿Cómo sabía mi nombre? Se me ha quedado la boca abierta de la impresión. Como ya no me estaba dando la luz de la linterna en la cara, he podido fijarme bien en él. Era un hombre gordo con perilla. La barriga le colgaba por encima de los pantalones, pero por lo menos la camisa de policía local, a la que llevaba enganchada una placa plateada en el pecho, le sentaba muy bien y le hacía muy formal. Por fin lo he reconocido: ¡era amigo de mi padre! Se llama Sergio. Lo había visto algunas veces, mi padre y él se conocían de la Facultad de Odontología, pero Sergio acabó haciéndose policía local.



Sergio: ¡Martina! ¡Cuánto tiempo! Dime, ¿cómo está tu padre?
Yo seguía tan alucinada con todo lo que estaba ocurriendo que solo he podido

decirle:

Yo: Pues... bien... pero cuando llegue a casa me espera una buena...

Por fin Sergio, el policía, ha guardado la dichosa linterna y ha alargado una mano hacia mí.

Sergio: Anda, levántate, mujer. Una niña como tú no debería estar a solas a estas horas en el parque, podría pasarte algo...

Me he echado a reír, creo, para no comenzar a llorar allí mismo. ¡Que en el parque podían pasar cosas peligrosas! ¡Y me lo decía a mí, que me había perseguido un perro y llevaba horas encaramada a un árbol! Creo que tal como estaba, sucia de barro y tiritando, le he dado un poco de pena a Sergio, así que ha decidido llevarme a mi casa en su coche patrulla. Pensaba que el **viaje** sería por lo menos un poco emocionante, porque eso de que te lleven a casa en coche patrulla siempre se ve en las pelis, pero la verdad es que ha sido un poco soso. A esa hora la carretera estaba oscura y no había apenas tráfico. Además, en vez de poner música como hace mi padre cuando vamos de compras, Sergio tenía puesto un canal de información, que es lo que escucha mi padre por las mañanas mientras se prepara el café. Aburrido, aburrido. Tan aburrido que, entre las noticias, el cansancio y el balanceo del coche, se me estaban cerrando los ojos.

Estaba quedándome dormida cuando el coche ha aminorado la velocidad. Al abrir los ojos, no sé por qué, el corazón me ha dado un vuelco: conocía esa calle (¡porque era la mía!). Al mismo tiempo, ha empezado a entrarme miedo, como si en vez de ser la calle en la que vivo estuviera viendo una escena de una peli de terror... pero es que la calle es bastante estrecha y, además, todas las farolas estaban encendidas menos, precisamente, la que estaba enfrente de mi casa.

He puesto una mano temblorosa sobre el hombro de Sergio.

Yo: Para un segundín.

Él ha frenado el coche de golpe.

Sergio: ¿Va todo bien?

No quería quedar como una cobardica. Además, **SABÍA** que estaba en mi casa, y que no podía pasarme nada malo, así que le he dicho:

Yo: Sí, sí...

Pero, aun así, me temblaban los labios y me entraban escalofríos.

A pesar de mis esfuerzos, Sergio debe de haberse dado cuenta de que estaba asustada, porque me ha preguntado:

Sergio: ¿Quieres que vaya yo a hablar con él?

¡SÍ, POR FAVOR!

Y así, agarrada de la mano de Sergio, es como he recorrido los últimos metros hasta mi casa... o debería decir «la casa de mi padre», porque me temía que iba a estar tan, pero tan enfadado conmigo, que me iba a echar a la calle.

He tocado al timbre.

He tocado al timbre otra vez, pero nadie ha abierto.

Como pensaba que el timbre estaba estropeado, iba a golpear la puerta con el puño, pero en ese momento, mi padre la ha abierto...

¡TAN RÁPIDO QUE LO HE GOLPEADO A ÉL!

Me he tenido que morder el labio porque... incluso no estando yo en mi mejor momento, ¡reconozco que me ha hecho gracia! A mi padre, claro, no le ha hecho tanta. Aun estando todo tan oscuro, he podido ver cómo se ponía muy rojo. Incluso se le estaba hinchando la vena de la frente. ¡Ni siquiera se ha dado cuenta de que venía con Sergio!

Papá: Mira, mira, ¿a quién tenemos aquí? Es esa niña que me prometió que iba a ser tan responsable que saldría en los rankings de niñas más responsables del mundo, y ahora me la encuentro llegando a casa pasadas las nueve de la noche, que es cuando los niños responsables terminan de cenar, de hacer los deberes y se van a la cama...

Yo: Papá, yo...

Papá: Por lo menos me habrás traído el trabajo que te pedí, ¿no?

Yo he comenzado a balbucear, quería contarle todos los desastres que me habían sucedido a lo largo del día, pero no me ha dejado decir ni una palabra.

Papá: Ya veo. Lo que me estás demostrando es que, de verdad, no te interesa ir de viaje. Lo único que te pedí era, al menos, un párrafo de información básica sobre las Maldivas, eso lo puede hacer cualquiera... bueno, cualquiera que sea responsable...

He intentado que me escuchara una vez más, pero él, superenfadadísimo, con esa vena de la frente a punto de estallar, me ha señalado las escaleras que conducen al piso de arriba de la casa, a mi habitación.

Papá: Si no te quiero ni ver, ¿cómo te voy a escuchar? Vete a tu habitación, estás castigada sin cena.

En ese momento he querido decirle de todo. Me moría por gritarle que era injusto, y que se estaba portando muy mal conmigo por no querer ni siquiera escuchar lo que me había pasado... pero sabía que era inútil. He subido hacia mi habitación con la cabeza gacha, mirando fijamente los restos de barro seco que se habían quedado pegados a mi falda rota y a mis manoletinias preferidas.

Papá: Martina, espera...

Me he dado la vuelta rápidamente, pensando que todavía quedaban esperanzas de que mi padre me escuchara.

Pero no. Mi padre solo ha dicho muy serio:

Papá: Puedes olvidarte completamente del viaje, estás castigada.

A pesar de todo lo que me había ocurrido a lo largo del día, no me había puesto a llorar hasta ese momento. Al escuchar las palabras de mi padre, he salido disparada hacia mi habitación. Suerte que me conozco la casa de

memoria, porque como se me estaban escapando las lágrimas, no veía nada. Me he metido en mi cuarto, pero cuando iba a cerrar la puerta de golpe, he oído otra vez la voz de mi padre.

Papá: Sergio, perdóname, es que mi hija es un caso aparte. Cuéntame, ¿qué ha hecho esta vez?

Al oír eso me han entrado ganas de bajar de nuevo y decirle a mi padre que, por cómo hablaba, parecía que yo me metía en líos cada dos por tres, pero me he contenido. Ya estaba castigada, no quería empeorar las cosas.

Sergio: Nada, me la encontré perdida, y por la hora que es me he decidido a acompañarla. Ha sido un gusto verte de nuevo, pero tengo que irme. Estoy de guardia esta noche.

Después he oído cómo mi padre y su amigo se despedían en voz baja, y luego la puerta de la casa cerrándose. Yo pensaba que mi padre se quedaría abajo, en el salón, pero en cambio ha comenzado a subir por las escaleras. No quería que me pillara espiándole, así que he cerrado la puerta de mi habitación y me he quedado en silencio para que no sospechara.

No ha servido de nada.

Papá: Martina, no hace falta que salgas, pero escúchame con atención: acabo de hablar con Sergio y he decidido darte una última oportunidad: como mañana no me traigas el papelito que te pedí, entonces el viernes te quedarás aquí mientras todos tus compañeros van de viaje.

Una última oportunidad.

¡TENGO QUE APROVECHARLA!



He pasado una noche terrible, apenas he podido pegar ojo pensando que soy la persona más despistada y poco responsable que conozco. ¿Cómo iba a traerle el trabajo sobre las **Maldivas** a mi padre sano y salvo? ¡Si todo lo que pasa por mis manos lo destruyo!

He bajado puntual a la hora del desayuno y mientras me preparaba las tostadas con mermelada (que son mi desayuno favorito, pero ni eso me estaba alegrando el día), callada y muy seria he visto la previsión del tiempo en las noticias. No solo seguía dolida con mi padre por todo, sino que también quería saber qué tiempo haría cuando mis compañeros (¡y también yo! ¡Tenía que conseguirlo!) viajáramos a las **Maldivas**. Sin embargo, la presentadora de la tele llevaba unos pantalones de un rojo chillón con lunares blancos, tan feos que me distraía todo el rato.



Después de tomarse su café, mi padre se ha levantado.

Papá: Martina, hoy no te puedo llevar en moto. Parece que va a llover por la tarde, así que por si acaso llévate un paraguas. Y espero que, si todavía quieres ir a ese viaje, no te olvides de nuestro trato.

Yo he dicho que sí con la cabeza, pero no he abierto la boca. ¡No me daba la gana! ¡Se estaba portando muy mal conmigo! Mientras terminaba de preparar mis cosas para ir a la escuela he oído que mi padre se marchaba a trabajar. Al salir a la calle, me he dado cuenta de que el cielo estaba **OSCURÍSIMO**: había unas nubes hinchadas y negras, como si el tiempo fuera igual de malo que todo lo que me estaba ocurriendo esos días. He comenzado a caminar en dirección al colegio y entonces... ¡ha sido como si esas nubes gigantescas se partieran por la mitad, y ha comenzado a llover a mares! ¡LO QUE ME FALTABA!

Igual sí que me había vuelto un poco más responsable con todo lo que estaba ocurriendo porque mientras caía una tromba de agua encima de mí, me he acordado de que había decidido llevar un paraguas plegable en la mochila. Lo he abierto, aunque no tenía muy claro si me iba a proteger del diluvio, porque las gotas de agua eran tan grandes que incluso dolían un poco al estrellarse contra mi cabeza.

No, la verdad es que ese paraguas endeble no me protegía mucho de la lluvia, pero como no tenía tiempo de regresar a mi casa a por uno mejor, he seguido mi camino en dirección a la escuela. Más o menos a medio camino, he visto a Sofía

resguardándose de la lluvia bajo un balcón. Siempre quedamos en la misma calle para hacer una parte del trayecto juntas. Me ha saludado mientras me acercaba. Justo después, ha estornudado.

Sofía: ¡Ufff, no sabía que llovería tanto! ¿Sabes, Martina...?

Sofía no ha acabado la frase, solo se ha quedado quieta, con cara de frío, mirándome hasta que yo he perdido la paciencia:

Yo: ¿Qué ocurre, Sofía? Si es posible, dímelo hoy, porque como no encontremos un techo pronto me voy a empapar debajo de esta catarata gigante. El paraguas no me ayuda mucho.

Entonces Sofía ha puesto cara de pena. Y la cara de pena de Sofía es mejor que la mía, que ya es decir.

Sofía: De eso mismo te quería hablar... porque tu paraguas poco hará, pero mucho peor es no traerte nada de nada...

Yo: Pero ¿quién sería tan idiota como para no traerse un paraguas con la que está cayendo?

Sofía ha bajado un poco la cabeza, avergonzada.

Ya os podéis imaginar lo que ha ocurrido luego, ¿verdad? Pues que al final, aun siendo MI paraguas, se lo he prestado a Sofía. Todavía no sé por qué, supongo que su cara de pena y un montón de estornudos que soltó acabaron por convencerme. Claro que me he arrepentido enseguida. No hay peor experiencia que sentir los goterones cayéndote en la espalda como si fueran balas. Sentía como si me estuvieran disparando con una pistola de agua por todo el cuerpo, a toda velocidad. Se me congelaban las pestañas de frío y la lluvia se me estaba metiendo por dentro de la ropa.

Además, como ya tenía MI paraguas que Yo me traje de MI casa, Sofía no parecía tener mucha prisa por ir a la escuela, así que todo el trayecto lo ha hecho paseando tranquilamente.

Pero por una vez, pasar un mal rato ha servido para que luego me pasaran cosas buenas.

En realidad, una cosa **GENIAL**.

Porque nos hemos encontrado a Hugo a un par de calles de distancia del cole. Ha venido corriendo hacia nosotras, y él sí venía preparado con un paraguas enorme, chubasquero y botas.

Hugo: ¡Hola, chicas!

Pero yo no he podido saludar porque estaba tiritando tanto que he pensado que se me iban a partir los dientes.

Encontrarse a Hugo siempre es una buena noticia, pero lo que ha ocurrido luego...

Es que me emociono solo de pensarlo.

Cuando Hugo ha visto que yo estaba **TOTALMENTE CONGELADA**, se ha puesto serio de repente. Ha exclamado:

Hugo: ¡Martina! ¡Estás empapada! ¡Corre, ven conmigo, que te vas a resfriar!

Sin que yo tuviera tiempo de reaccionar, me ha agarrado del brazo y ha tirado de mí. Después me ha pasado un brazo por la espalda y me ha **ABRAZADO FUERTE**.



Ay, si es que lo pienso y... creo que ha merecido la pena congelarme si con eso he podido compartir el paraguas con Hugo. Y así, bien agarrada a él, hemos caminado el último tramo hasta llegar a la escuela. En la puerta nos hemos encontrado con otros compañeros que venían tan o más mojados que nosotros (pero ¡nadie iba tan bien acompañada como yo!). El único que no se ha mojado ha sido... ¡Nico! Justo cuando estábamos en la puerta, hemos oído su voz:

Nico: ¡Buenos días, cubitos vivientes!

¡Qué suerte! A Nico lo traía su chófer con traje y corbata en un coche lujoso, bien seco y calentito. Se ha bajado del coche de un salto mientras Sofía lo miraba como si le salieran puñales por los ojos:

Sofía: Qué gracia, ¿no? Nosotros aquí congelados y tú, que vienes

en tu coche, encima te ríes...
Nico ha fingido que se asustaba.

Nico: ¡Uy! Parece que alguien se ha levantado de mal humor, ¿no? A diferencia de esta parejita tan adorable de aquí...

Parejita adorable. ¡Parejita adorable! ¡Y lo decía por Hugo y por mí! Me ha pasado por la cabeza que Nico lo decía en broma, pero de todas formas me he puesto roja como un tomate... tanto, que he tenido que agachar la cabeza por vergüenza a que me vieran y no he sabido contestarle.

Hugo: ¿Qué? ¡No! Es solo que Martina tenía frío y no llevaba paraguas...

Le ha salido como una risa floja y se ha tocado el flequillo mojado con la yema de los dedos.

Si con la bromita del coche Sofía ya estaba enfadada, después del comentario de Nico ha cruzado los brazos tan fuerte que he pensado que se le cortaría la circulación. Yo la he mirado de reojo. A pesar de lo muchísimo que me guste Hugo (¡a quien, por cierto, seguía agarrada!) no quería pelearme con ella.



Nico: Pues yo creo que haríais una buena pareja...

Nico nos ha mirado a Hugo y a mí, con una sonrisa malvada en los labios. Yo estaba segura de haberme puesto todavía más roja, pero por suerte, ha cambiado de tema enseguida:

Nico: En fin, al final todos vais al viaje, ¿verdad? Hoy por la tarde es el último día para registrarse, así que ya sabéis...

Al oír eso, toda la alegría que sentía por estar cerca de Hugo ha desaparecido.

Yo: Pues... la verdad es que yo no estoy segura. Depende de mi padre...

Lo he dicho en voz tan baja que no estaba segura de que me hubieran oído. No me esperaba que el brazo de Hugo, que todavía estaba alrededor de mis

hombros, me diera un apretón.

Hugo: Me encantaría... quiero decir que nos encantaría que vinieras, Martina.

No he podido decirle nada. No he podido NI SIQUIERA preguntarle si realmente quería decir que A ÉL en particular le encantaría que yo fuera al **viaje**, porque entonces ha sonado el timbre que anunciaba el inicio de las clases. Aún con la emoción, me he vuelto hacia Sofía. Si antes, con lo que había dicho Nico, estaba a punto de estallar, ya podéis imaginar la mirada que me ha echado. Daba la impresión de que le iba a salir fuego por los ojos de un momento a otro.





¡HORA DE ENTRAR EN EL COLE!

Pero tendría que preocuparme luego de todo ese asunto, porque ha llegado la hora de entrar en el colegio.

Vale, mientras íbamos de camino a nuestras aulas, seguía atontada por todo lo de Hugo, pero ¡a la vez me he dado cuenta de que tenía que arreglar las cosas con Sofía!

Pero lo confieso: no me ha salido muy bien. Prometo que HE INTENTADO suavizar las cosas con mi amiga, pero puede que las haya acabado empeorando. Ups.

Después de que sonara el timbre, hemos llegado a la clase y nos hemos sentado a nuestros pupitres mientras esperábamos que entrara el profesor. Como es normal, Sofía estaba a mi lado, pero muy callada. Yo no sabía qué hacer. De verdad, cada vez sentía más que Sofía se hubiera enfadado porque, a ver, por mucho que nos gustara el mismo chico (cuando el otro día le pregunté, Sofía me dijo que no, pero estoy segura de que no decía la verdad) seguimos siendo AMIGAS.

Yo: Bueno... ¿qué te cuentas?

Lo he preguntado para romper un poco el hielo, pero igual habría sido mejor no decirle nada, porque Sofía se ha vuelto hacia mí de nuevo con esa mirada de la que se escapaban llamaradas. Se me ha pasado el frío de golpe, y eso que seguía empapada después de caminar bajo la lluvia.

Sofía: ¿Que «qué me cuento»? ¿En serio quieres que hable? Mira, Martina, si quieres arreglar las cosas conmigo no vas por buen camino.

Yo he querido replicarle que **CUÁL** era el buen camino, porque solo le había preguntado que qué se contaba y ella ya ha aprovechado para pagar su mal humor conmigo. ¡Si al final resulta que todo será culpa mía! Como ya me ha quedado claro que Sofía no quería hablar, he intentado ignorarla. El problema es que, al hacerlo, me ha venido otra vez a la cabeza la frase de Nico: «*Pues yo creo que haríais una buena pareja*», y aun con Sofía hecha una furia al lado, no podía parar de pensar que, en realidad, la frase sonaba muy bien...

¡RIIING! ¡RIIING!

Hay dos tipos de timbres en mi escuela: el que indica el inicio y el final de las clases, y el timbre de emergencias. Ese es el que ha empezado a sonar de repente. Por un momento todos los niños de la clase nos hemos mirado, asustados. Incluso parecía que a Sofía se le hubiera pasado un poco el enfado. Todavía estaba sonando el timbre de emergencias cuando el profesor de lengua, mister Richard, ha entrado en clase y ha dicho que no nos preocupáramos, que se trataba de un simulacro de incendios. En la escuela hacemos varios de estos simulacros al año, así que todos sabíamos perfectamente lo que teníamos que hacer. La verdad, cuando comenzamos a hacerlos era hasta divertido, pero al final la única gracia que tienen es que nos perdemos un ratito de clase. Total, que nos hemos levantado y hemos formado una fila para salir ordenadamente, que es lo que hay que hacer en caso de incendio. Como la fila hay que hacerla por orden alfabético, Sofía estaba delante de mí. Y delante de Sofía estaba Nico, que

en cuanto hemos comenzado a caminar en dirección al patio de la escuela se ha dado la vuelta para hablarme.

Nico: ¡Oye, Martina! Una pregunta: ¿en serio todavía no te has dado cuenta de que Hugo siente algo por ti?



De repente ha sido como si no existiera nada en el mundo salvo las palabras de Nico. He sentido una punzada de vértigo en el estómago, parecía que acababa de lanzarme por el tobogán más largo del mundo. Incluso me he detenido de la impresión, de modo que la compañera que venía detrás de mí en la fila ha chocado contra mi espalda, pero es que...

¡Nico acababa de decir que Hugo siente algo por mí! Y eso significa que mi amor platónico... pues ¡ya no es tan platónico!

Me han dado ganas de gritar como una loca allí, en medio del pasillo, ganas de saltar y de agitar los brazos, pero solo he sabido decir:

Yo: ¿En serio? Pero ¿tú cómo lo sabes?

Nico: Porque me lo ha dicho. Pero es un secreto, ¿vale? No te chives... ¡Ay!

Nico ha dicho «¡Ay!» porque, de sopetón, Sofía ha salido corriendo y le ha pegado un empujón. ¡Claro! ¡Si Sofía lo ha oído todo, porque justo estaba entre Nico y yo en la fila! Por un segundo he pensado en seguirla, pero ya no me daba tiempo. La he visto meterse en el baño de las chicas que hay al final del pasillo, y juraría que mientras lo hacía, se estaba secando una lágrima...

Así pues, esa alegría que he sentido al oír lo que me ha dicho Nico, se ha mezclado con un horrible sentimiento de pena. No, pena no: culpabilidad. ¡Pobre Sofía! Nico, todavía frotándose el hombro allí donde Sofía le ha dado el empujón, ha preguntado:

Nico: ¿Qué le ha pasa a Sofía?

Y yo le he respondido con voz triste:

Yo: Pues... que ha salido perdiendo.

En ese momento hemos llegado al final del pasillo y hemos comenzado a bajar las escaleras en dirección al patio, pero Sofía no salía del baño.

Nico: Perdiendo ¿qué?

No podía contarle a Nico lo que de verdad le estaba ocurriendo a Sofía. Era un secreto, y ya me había quedado claro que a Nico se le daba muy mal eso de guardar secretos, así que le he soltado la primera excusa que se me ha pasado por la cabeza.

Yo: Pues va a perder el desayuno.

Al ver que Nico ponía cara de no entenderme, he añadido:

Yo: Le duele la barriga.

Nico: Quizá sí estaba un poco pálida... ¿Tú crees que estará

vomitando?

Sí, seguro, he pensado. Pero lo que Sofía estaría vomitando era un montón de lágrimas. En ese momento no solo me sentía mal, sino que acababa de caer en la cuenta de que me costaría la vida convencerla para que fuera mi compañera de habitación en el **viaje** a las **Maldivas**. Eso sí, por fin, mi padre me daba permiso para ir.



El día ha acabado todavía peor para Sofía. Nada más llegar al patio, los profesores se han puesto a pasar lista de todos los alumnos de la escuela y, claro... ¡ella no estaba! Le he dicho a míster Richard, el profe que estaba con nosotros, que Sofía se encontraba en el baño. Pensaba que así lo arreglaría, pero ¡ha sido al revés! Cuando por fin Sofía ha bajado al patio con los ojos rojos (es decir, con cara de haber llorado), encima le han echado una bronca y la han castigado sin recreo.



Aunque... aunque quizá, por lo que ha ocurrido entonces, ha sido mejor para Sofía quedarse castigada.

Es decir, no ha pasado nada malo. No malo malo de verdad. En realidad, ha ocurrido algo BUENO, pero para mí, no para ella.

Me explico: durante la hora del recreo no sabía qué hacer. Normalmente paso el rato charlando con Sofía, pero mi amiga estaba castigada. De hecho, podía verla haciendo pucheros desde la ventana de nuestra clase, y con solo verla volvía a sentirme culpable, así que he ido a buscar un banco en el patio para sentarme... pero no he llegado a hacerlo, porque en ese preciso instante me he cruzado con Nico y... le he agarrado del brazo.

Tenía que saberlo. Tenía que estar segura al cien por cien.

Yo: Nico, espera, ¿es verdad eso que me has contado antes?

Nico: ¿El qué?

¿¡EN SERIO NO SABÍA DE QUÉ LE ESTABA HABLANDO!?

Yo: ¡Lo de Hugo!

Nico se ha echado a reír mientras yo lo miraba con los ojos como platos. ¿Acaso se estaba haciendo el tonto a propósito? Por suerte, antes de que tuviera tiempo de enfadarme con él, me ha dado un codazo.

Nico: Ya que insistes tanto, te cuento toda la historia... ¿Te acuerdas del año pasado, cuando celebramos el baile de San Valentín en la escuela?

Pues ¡claro que me acordaba! ¡Fue genial! Decoramos el gimnasio del centro, como en las películas, vino un DJ, bailamos...

Nico: Pues todo comenzó el año pasado en clase de arte. Todo el mundo estaba desesperado por conseguir pareja para el baile antes del 14 de febrero. Yo le pregunté a Hugo que con quién querría ir, y él me dijo que no tenía ni idea. Los dos miramos a nuestro alrededor, y justo cuando te vio a ti, se quedó embobado. Yo al principio no lo entendía, pero después comprendí que los dos os gustáis. Y ya te lo he dicho, creo que hacéis una buena pareja...



Me he quedado muda. Recuerdo el baile y recuerdo que... ¡ese día bailé con Hugo! Aunque no le di mayor importancia porque también bailé con más compañeros de la escuela... Sin embargo, si lo que me decía Nico era cierto, ¡yo le gustaba a Hugo desde hacía más de un año! El corazón ha comenzado a latirme a mil pulsaciones por minuto: jamás había sentido la sangre fluir por mis venas a tanta velocidad. Y he entendido lo que quiere decir la gente cuando dice «He muerto y he vuelto a la vida», porque sentía tantas emociones en ese momento que era incapaz de expresarlas.

Nico: ¡Martina! ¡Que se te cae la baba!

¡AY, QUÉ VERGÜENZA!

Me he secado la comisura de los labios con el puño del jersey (es un poco asquerosillo pero... ¡no tenía nada más a mano!), y he echado a correr.

No por vergüenza, aunque todo lo que me había contado Nico, además de crearme mariposas en el estómago, me daba un apuro terrible, sino porque he pensado que, si aquello era cierto, **TENÍA QUE IR A ESE VIAJE COMO FUERA.**

Y claro, con todo lo ocurrido durante el día, se me había olvidado hacer **EL DICHOSO TRABAJO QUE ME HABÍA MANDADO MI PADRE,** y sabía que esa era mi última oportunidad.

He corrido hacia la biblioteca de la escuela. Por suerte uno de los ordenadores disponibles para los estudiantes estaba libre. Solo me quedaban cinco minutos de recreo, así que me he metido rápidamente en la primera página web sobre las **Maldivas** que he encontrado en el buscador y he impreso lo primero que me ha salido.

INFORMACIÓN BÁSICA SOBRE
LAS **maldivas** (que, además, es la última
oportunidad para convencer a mi padre...
¡NECESITO QUE SEA SUFICIENTE!)

*El nombre oficial del país es «República de las **Maldivas**».

*Es un país insular soberano situado en el océano Índico.

*La forma de gobierno es la de república presidencial (espero que mi padre no me pregunte qué significa eso...).

*Su territorio está organizado en 26 atolones (¡esa sí me la sé! un atolón es un arrecife de coral que acaba convertido en una isla).

*La capital de las **Maldivas** es la ciudad de Malé.

*La moneda oficial es la rupia de las **Maldivas**.

*El idioma oficial es el maldivo.

*La República de las **Maldivas** tiene el récord mundial de ser el país más plano del mundo.

Vale, creo que ya lo tengo todo.

En la lista me habría gustado incluir otra cosa: las fotos que aparecían en la web. ¡Son bestiales! ¡Exactamente lo que me imaginaba cuando pensaba en las **Maldivas!**: imágenes de un lugar paradisíaco, rodeado de agua cristalina, peces de colores, arena tan blanca que parece nieve...

En serio, sé que lo he dicho antes pero:

¡TENGO QUE IR COMO SEA!





¡MALDIVAS, ALLÁ VOY!

El resto de las clases de la mañana han sido una tortura. No exagero, no, UNA TORTURA. Nada de lo que decían los profesores parecía tener sentido (porque no los estaba escuchando). Solo estaba atenta a dos cosas: al reloj, porque en serio, NECESITABA que pasara rápido el tiempo para llevarle el papel a mi padre, y a Sofía, que seguía enfadada conmigo.

Casi me da un vuelco el corazón cuando, por fin, ha acabado la última clase del día. No he perdido el tiempo, aunque me moría de ganas de arreglar las cosas con mi amiga: he metido el papel con la información de las **Maldivas** en mi mochila, a pesar de que con las prisas se me ha arrugado un poco (no importa), y he salido corriendo de la escuela. En la puerta había mucha gente, pero yo ni siquiera he dejado de correr, estaba segura de poder esquivar a todas esas personas y así llegar cuanto antes a mi...

¡PLAAAS!

Ese ha sido, exactamente, el ruido que he sentido en mi cabeza cuando he chocado contra alguien y del golpe he caído al suelo. ¡Qué daño...!

Pero se me ha pasado enseguida, porque me he dado cuenta de que la persona con la que he chocado... ¡era mi padre!

Papá: Martina, ten cuidado, mira por dónde vas...

Me he puesto rápidamente en pie, el corazón me latía a mil pulsaciones por minuto. ¿Qué hacía mi padre en el colegio? Casi nunca viene a recogerme, solo cuando hay reunión de padres...

Mi padre entonces se ha cruzado de brazos.

Papá: Martina, ¿has hecho lo que te pedí?

Si antes estaba nerviosa, ahora todavía más. Sin perder el tiempo he abierto mi mochila y he sacado el papel con la información de las **Maldivas**. Ahora me arrepentía de haberlo metido con tantas prisas, porque la hoja estaba arrugada, prácticamente hecha una bola... pero no podía hacer nada por arreglarlo, así que se la he dado a mi padre tal cual. Él se ha puesto a leer de inmediato, y mientras leía, yo tenía unas ganas locas de gritar: **PERO ¡DIME SI PODRÉ IR AL VIAJE O NO, PAPÁ!**

Pero claro, como sabía que gritarle a mi padre no era muy buena idea, solo me he quedado muy callada, esperando. Al final, él ha doblado el papel en dos y se lo ha guardado en el bolsillo del pantalón. Durante un segundo no ha dicho nada.

¡QUÉ NERVIOS!

Entonces ha soltado un graaan suspiro (yo, llegados a este punto quería LLORAR).

Papá: Bueno, no es exactamente lo que pedí... se nota que te acordaste a última hora, pero...

PERO. Mi padre ha dicho: «PERO». Y luego:

Papá: Pero bueno, me vale. Ahora es mejor que no perdamos el tiempo y vayamos a administración, que te voy a apuntar al **viaje** a las **Maldivas**.

En ese momento me he sentido como si flotara, como si tuviera un millón de fuegos artificiales explotándome dentro. Me he puesto a gritar. No recuerdo muy bien *qué* gritaba, por culpa de la emoción, pero creo que ha sido algo parecido a: **¿EN SERIO? ¡GRACIASGRACIASPAPITEQUIEROOO!**

Todavía estaba gritando por dentro cuando mi padre y yo hemos ido a las oficinas de la escuela para firmar el documento de autorización para ir al **viaje**. Cuando he visto que estaba todo correcto, ya me he quedado más tranquila (**¡MALDIVAS, ALLÁ VOY!**), pero entonces me han preguntado una cosa que, en ese momento, me ha vuelto a poner nerviosa: **COMPAÑERAS DE HABITACIÓN**.

Porque, claro, estaremos en un hotel y tendré que compartir cuarto... con Sofía. He querido llamarla para contarle la noticia, pero justo en ese instante me he dado percatado de que, con todo lo que había pasado, no sería buena idea. Al menos la hermana de Sofía, Lucía, también se viene al **viaje** y estará en el mismo cuarto, así que tendré alguien con quien hablar si Sofía sigue enfadada conmigo...

Me pone muy triste pensar en eso, así que, mientras mi padre y yo, por fin, salíamos de la escuela he decidido que era mucho mejor pensar en otras cosas, como en playas paradisíacas y en...

¿QUÉ VOY
A METER
EN MI MALETA?

Tengo toda una semana para pensarlo... ¡qué nervios!





¡YA QUEDA MENOS!

Está siendo la semana **MÁS ABURRIDA** de mi vida. Lo único importante ha sido que hubo una reunión informativa en el colegio para aclarar dudas sobre el **viaje**, y que mi padre y yo llegamos tarde. Todo el mundo nos miró de una forma muy antipática. Sofía y Lucía, que estaban allí, también. No hemos podido hacer las paces todavía, ay...

Eso no me quita las ganas de viajar, pero reconozco que me pone un poco triste. ¡Ojalá tenga tiempo de arreglar las cosas con Sofía antes de marcharnos!



Bueno, pues no he podido. En toda la semana no ha habido manera de hablar seriamente con Sofía, y cuando me he querido dar cuenta, ¡YA ERA EL DÍA DEL VIAJE! Antes de montarnos en el autobús hacia el aeropuerto, con nuestras maletas ya listas, nos hemos despedido de nuestros padres con abrazos gigantes. Algunos han llorado y todo (¡los padres! Los chicos estábamos tan emocionados que solo habríamos podido llorar de ALEGRÍA...)

Nos esperan muchas, muchas horas montados en un avión, pero estoy segura de que valdrá la pena...





¿QUE SI HA VALIDO
LA PENA?

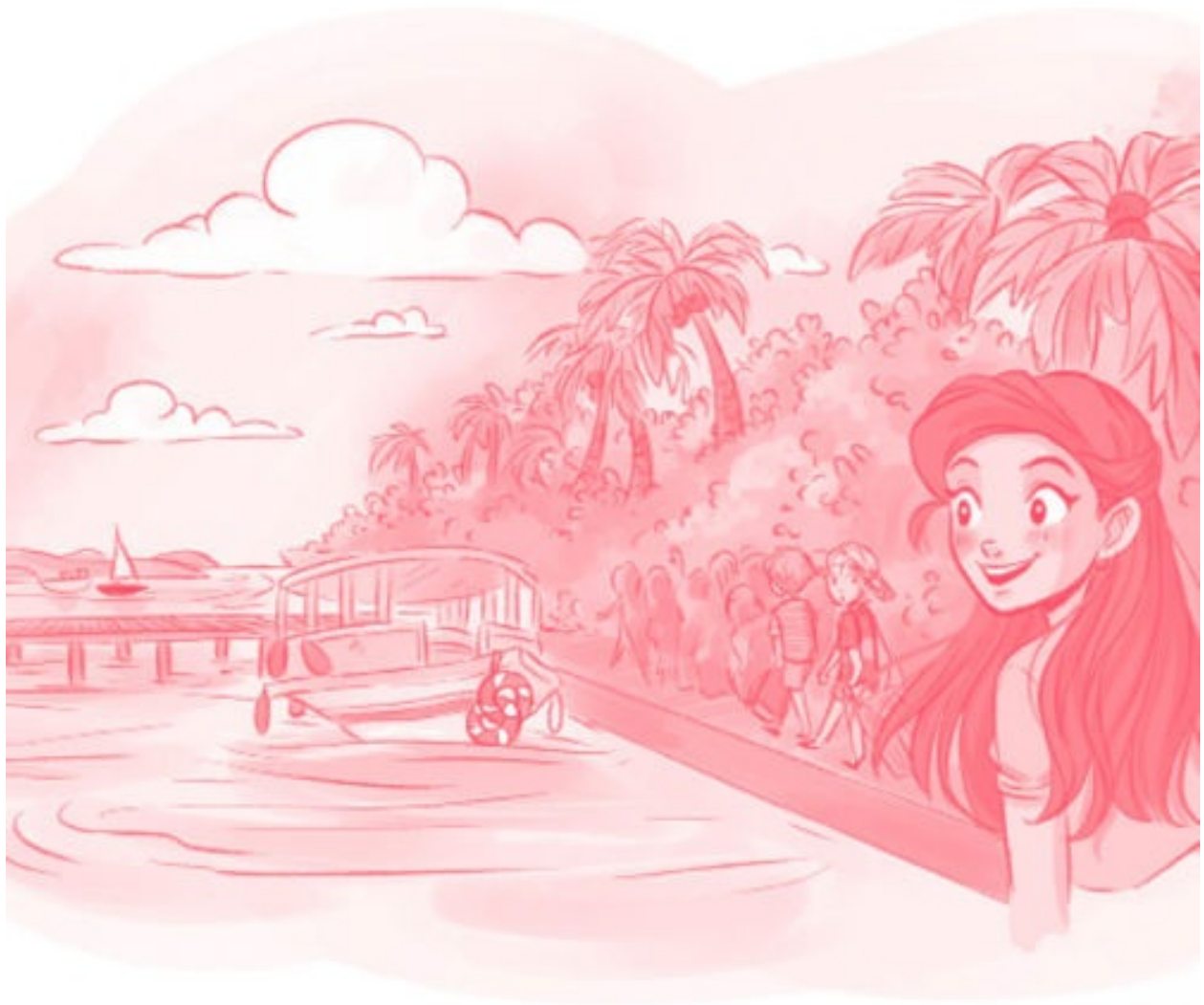
No, en serio, ¿QUE SI HA VALIDO LA PENA PASAR CHORROCIENTAS HORAS METIDOS EN UN AVIÓN QUE NO PARABA DE MOVERSE? (no diré que he pasado miedo porque, ya sabéis, yo soy muy valiente, pero...).

¡PUES CLARO QUE HA VALIDO
LA PENA!

Esto es PRECIOSO, ASOMBROSO, ESPECTACULAR, IMPRESIONANTE, PRODIGIOSO (y muchas, muchas cosas más). Es que no me creo que, por fin, esté pisando el paraíso de mis sueños. ¡Parece que estamos dentro de un anuncio de perfumes! (esos donde salen playas paradisíacas, al menos). No se oye ninguno de los ruidos de ciudad a los que

estamos tan acostumbrados: ni tráfico, ni niños llorando ni el ladrido de los perros... solo el sonido de las olas estrellándose contra una arena blanca, mimosa y calentita.

Y el **mar**. Yo ya vivo cerca del **mar**, ¿vale? Pero mientras caminábamos por un paseo larguísimo que nos llevaría al hotel, me parecía que estaba viendo el **mar**, brillante, tranquilo y hermoso, por primera vez en mi vida. Podría estar mirándolo durante horas...



Hugo: ¡Martina! Corre, ¡que la clase se va sin ti!

Vale, me he dado cuenta de que QUIZÁ me había quedado un poco demasiado embobada con el mar. He tenido que apartar la vista y echar a correr. Suerte que no tenía que arrastrar la maleta, porque iban a llevarlas directamente del aeropuerto al hotel. Corriendo, he llegado al lado de Sofía, pero ella ha vuelto la cabeza y me ha dado la espalda. Nada más ver lo que acababa de ocurrir, se me ha acercado Lucía:

Lucía: Martina, ¿no crees que ya va siendo hora de que hagáis las paces?

¡SI ESO ES PRECISAMENTE
LO QUE YO QUERÍA!

Me he quedado mirando a Lucía, y luego a Sofía, que caminaba por delante de nosotras.

Yo: Es que si te soy sincera, no sé qué he hecho que la haya enfadado tanto.

Vale. Sé que está relacionado con Hugo, que a Sofía le gusta igual que a mí, pero... ¡es que pelearse con un chico es UNA TONTERÍA! Por eso he añadido:

Yo: Solo quiero disculparme, sea lo que sea, pero para eso necesito que me escuche...

Lucía ha abierto la boca, como si quisiera contestarme, pero al final no ha dicho nada. Yo he seguido caminando con la vista fija en la playa y en el mar azulísimo, y he decidido que si podía hacer las paces con Sofía, tenía que ser en un sitio tan perfecto como este.



Lo cierto es que sí, al final he podido hacer las paces con Sofía. Pero luego ha ocurrido algo más, algo tan extraño y tan maravilloso que todavía se me hace difícil de creer.

Después de la conversación sobre Sofía hemos seguido caminando. Bueno, yo no. Reconozco que tengo una manía: como soy la más pequeña del grupo me gusta engancharme a la espalda de alguien y esta vez le ha tocado a Lucía.

Ella, la verdad, no estaba muy contenta porque al cabo de nada, ha dicho:

Lucía: Uuuh, llevamos mucho rato andando y todavía no hemos llegado... ¡Madre mía, cómo pesas, Martina!



Hugo, que caminaba un poco más adelante, se ha echado a reír.

Hugo: Madre mía, pero ¿te estás oyendo? Ni que lleváramos una hora en vez de solo cinco minutos...

Nico: Ya, pero ¡es que ella lleva a Martina!

A Nico se le ha escapado una carcajada también, y nada más oírla Lucía ha soltado un bufido.

Lucía: ¡Es que llevar a una vaca en brazos sería más cómodo que llevarte a ti, Martina! Por Dios, niña, ¡¿tú qué comes?!'

Yo: ¡Hay que ver lo vaga que eres, Lucía!

Lucía: ¡Mira quién habla! ¡La que no tiene fuerzas ni para andar ella solita!

Llegados a este punto, tanto ella como yo también hemos comenzado a reírnos con Hugo y Nico de la situación. ¡Es lo que yo decía! Estábamos en un paraíso maravilloso, ¿cómo no íbamos a estar de buen humor? De hecho, no podíamos parar, y Lucía ha comenzado a reír tan fuerte que se ha doblado sobre sí misma y yo me he desenganchado de ella porque me temía que si seguíamos así las dos acabaríamos por el suelo...

Y entonces, una quinta risa se ha unido a las nuestras. Primero flojita, pero luego ha ganado cada vez más volumen: ¡era la risa de Sofía! Mi amiga nos estaba mirando con los ojos muy abiertos y la expresión más alegre que le había visto en toda la semana.

No me he dado cuenta solo yo. Hugo, enseguida, se le ha acercado y le ha dado un golpecito con el codo.

Hugo: ¡Eh! ¡Por fin Sofía se ríe un poco!

Sofía: Bueno, es que decíais cosas muy graciosas...

Nico se ha puesto a su lado también, y le ha rodeado los hombros con un brazo.

Nico: Entonces ¿ya no estás enfadada?

Sofía, de repente, ha dejado de reír. Yo he hecho lo mismo. Y luego nos hemos mirado la una a la otra. Juraría que, durante menos de un segundo, Sofía se ha vuelto hacia Hugo y luego ha negado con la cabeza.

Entonces se me ha acercado y en voz muy bajita se ha disculpado:

Sofía: Martina, siento haberme enfadado de esa manera tan tonta... ¿Me perdonas?

Casi, casi me echo a reír otra vez, pero no por nada gracioso sino ¡de alivio! Llevaba más de una semana sin hablar con mi mejor amiga, y nada más

escucharla me ha parecido como si se me hubiera quitado el peso de un millón de piedras de encima. Al final, lo que he hecho ha sido darle un abrazo ENORME, GIGANTE, un abrazo que, aunque yo ya he dicho que soy pequeñita, ha sido lo bastante grande como para rodear a Sofía entera.

Yo: ¡Claro que te perdono!

iiiSOFÍA Y YO NOS HEMOS
RECONCILIADO!!! iiiVIVAAA!!!



Aunque igual os estáis preguntando: pero ¿Martina no ha dicho antes que había ocurrido algo extrañísimo y maravilloso? Y que no era la reconciliación con Sofía. Pues... a ver, seguía abrazada a mi amiga, cuando de repente he visto una cosa muy curiosa. Tan curiosa que me he separado de Sofía y he dado un paso hacia un grupo de árboles (ni idea de qué tipo de árboles se trataba: eso no lo miré en el documento con información que había preparado para mi padre) que rodeaban el paseo marítimo.

Hugo: ¿Martina? ¿Qué haces?

He oído que mi amigo me llamaba, pero yo le he hecho un gesto con la mano para que esperara.

Nico: ¿Qué ocurre?

Nico ha dado un par de pasos en mi dirección y enseguida se ha puesto a mi lado. Al cabo de un segundo, Lucía ha hecho lo mismo.

Lucía: ¡Chicos, mirad! ¡Hay algo raro que se mueve entre los árboles!

Yo: ¿Tú también lo has visto? ¡Menos mal! Pensaba que me había vuelto loca...

Es que me había parecido ver... algo. O más bien a alguien, mirádonos.

Casi sin pensarlo, he dado otro paso en dirección a los árboles, pero entonces la voz de Hugo ha hecho que me diera la vuelta.

Hugo: ¡Chicos! No os quedéis atrás... el resto de la clase se está alejando cada vez más...

Habríamos podido hacerle caso. Habríamos podido ignorar esa cosa rara que a Lucía y a mí nos había parecido ver y seguir con nuestro camino. Pero no lo hemos hecho. Sofía ha dicho:

Sofía: ¿Y qué pasa si se alejan? ¿Te da miedo o qué? ¡Miedica!

A nadie le gusta que le llamen miedica (¡a mí tampoco!). Hugo se ha quedado muy quieto y con cara de muy ofendido.

Hugo: ¡Oye! ¡¿A quién llamas tú miedica?!

Puede que Hugo me guste pero... también me gusta divertirme, y verlo así, tan ofendido ha hecho que en ese momento me uniera a Sofía:

Yo: ¡Oye, Hugo! ¿A que no eres capaz de ir hacia ese árbol?

Al mismo tiempo que yo le decía eso a Hugo, Nico se ha tapado la cara con las manos y ha comenzado a menear la cabeza mientras se quejaba:

Nico: Ya empezamos...

Y tenía razón, porque entonces a Hugo se le ha puesto la cara superroja, parecía que de un momento a otro comenzaría a salirle humo por las orejas.



Hugo: ¿Sabéis qué? Os voy a dar una lección, os enseñaré quién soy yo...

Nico: ¿Y quién eres?

Nico a duras penas lograba contener la risa.

Después de dar un bufido como un huracán, Hugo se ha dirigido a zancadas hacia los árboles. Al llegar, se ha vuelto hacia nosotros.

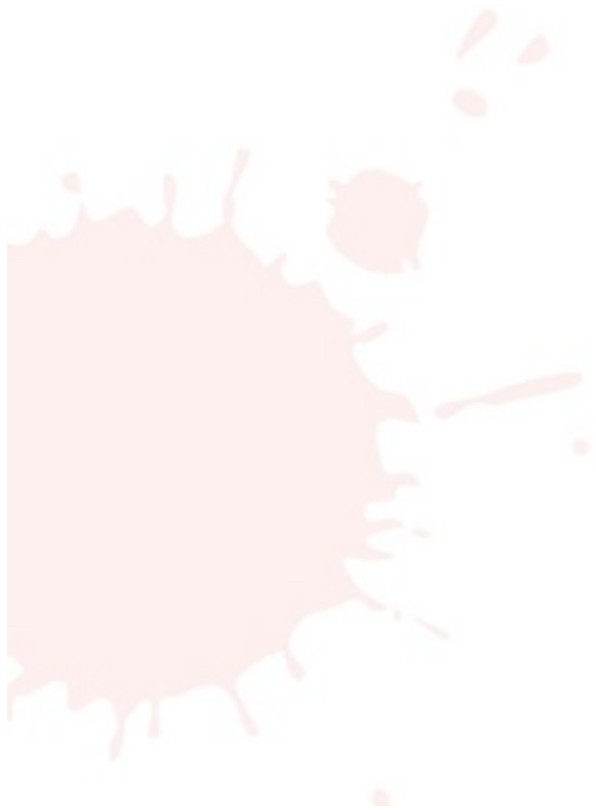
Hugo: Pues ya está, ya he llegado hasta los árboles. ¿Contentos? ¿Ahora podemos ir con los demás?

Eso, claro, solo ha hecho que los demás nos riéramos más fuerte.

Nico: ¡Y luego dices que no eres un miedica!

Y entonces...

¡un brazo ha salido de
deTrás del árbol, ha
agarrado a hugo
del jersey y él
ha desaparecido!



Ya sé que antes he dicho que lo que nos había ocurrido era maravilloso mientras que esto parece más una historia de miedo, pero es que la cosa no acaba aquí.

Nada más ver que Hugo desaparecía, los demás nos hemos puesto a chillar (¡normal!).

Lucía: ¿Qué ha ocurrido?

Yo: ¡Se lo ha tragado la tierra!

Sofía: ¿De dónde ha salido ese brazo?

Nico: ¡Tenemos que ir a por él!

Hemos echado a correr hacia los árboles y en ese momento nos hemos dado cuenta de que justo al lado de donde había estado Hugo unos segundos antes

había... un agujero. Un agujero en la arena, como un pozo cuyo fondo no podíamos ver.

Ni siquiera lo hemos pensado.

Yo: Yo saltaré primero.

He contado hasta tres para darme fuerzas, y luego me he metido de cabeza en el pozo.



He comenzado a gritar mientras caía al vacío por un túnel de color verde menta. Se me ha acabado el aire, he respirado hondo y he gritado otro poco más mientras seguía precipitándome a toda velocidad al tiempo que un viento frío, como si en vez de estar en el clima tropical de las **Maldivas** estuviera deslizándome sobre los esquís por una cuesta empinadísima, me revolvía el pelo.

Al final del túnel se veía una especie de luz blanca y muy brillante que se acercaba a toda velocidad.

Entonces he caído al agua, un agua salada, tan transparente y cálida como todo el **mar** que rodea las **Maldivas**. Dentro del agua, mientras me hundía, he abierto los ojos y he visto un montón de peces de todos los colores. Me habría emocionado ver ese precioso paisaje marino si no fuera porque estaba demasiado ocupada entrando en pánico cuando me he percatado de que no hacía pie en el agua. Estaba en una especie de gruta grandísima, y no veía la salida por ninguna parte.



Mientras trataba de mantenerme a flote, he oído una voz:

Hugo: ¡Martina! ¿Eres tú?

Yo: ¡Hugo! ¡Menos mal que estás bien!

Todo el miedo de ahogarme que me había entrado se ha esfumado de pronto, porque Hugo se me ha acercado nadando y me ha envuelto en un adorable abrazo, tan adorable que no estaba segura de querer despegarme de él jamás.

Hugo: Estaba superasustado, pensaba que no vendríais a buscarme...

Yo: Pero ¿cuánto tiempo has estado tú solo aquí abajo?

Hugo se apartado un poquito, solo un poquito, de mí para mirarme.

Hugo: No sé, un rato, pero... Martina, creo que «solo» no sería la palabra...

De repente hemos oído un grito desgarrador: ¡era Lucía! Su voz sonaba cada

vez más cerca y ha acabado cayendo al agua a nuestro lado, salpicándolo todo. Luego se ha acercado nadando.

Lucía: Martina, que sepas que el viajecito volando por el túnel no me ha gustado ni un pelo, y mojarme la ropa nueva, tampoco.

Entonces se ha vuelto hacia Hugo:

Lucía: ¿Estás bien, Hugo? Pensábamos que estarías herido o algo así.

Al final Hugo ha acabado soltándome (¡qué pena!) y nos ha hecho un gesto con la cabeza a Lucía y a mí para que lo siguiéramos.

Hugo: Os voy a enseñar una cosa, pero no podéis contárselo a nadie...

Lucía y yo nos hemos mirado un segundo, extrañadas, pero hemos comenzado a nadar detrás de Hugo, alejándonos de la boca del túnel. A un lado de la gruta había un montón de rocas y, sobre las rocas... sobre las rocas..., no podía creer lo que veían mis ojos. Me he preguntado si sería fruto de mi imaginación, algo que mi mente se negaba a aceptar como real.

Yo: ¡UN SIRENO!



Bueno, en realidad solo he llegado a decir «Un sirmmpf» porque al oír mi grito, Hugo me ha tapado la boca. De todas formas, mi voz ha sonado tan fuerte que ha comenzado a rebotar por las paredes de la gruta.

Hugo: No grites..., vas a asustarlo...

Que no gritara... ¡cuando estábamos delante de UN SIRENO, tal cual! De cintura para arriba tenía el aspecto de un chico más o menos de nuestra edad, salvo por el hecho de que IBA DESNUDO (bueno, llevaba un collar con una especie de caracola colgando, pero eso no cuenta como ropa, ¿no?). Y de cintura para abajo... pues de cintura para abajo, ¡en vez de piernas tenía una cola de pez! Cuando Hugo por fin ha dejado de taparme la boca he preguntado:

Yo: ¿Por qué no sale de encima de esta roca?

Hugo: Cree que vamos a hacerle daño. Es muy tímido, y se llama Radne.

El sireno debe de haberse dado cuenta de que hablábamos de él, porque ha bajado un poco la cabeza y entonces, con una voz supersuave que me recordaba al sonido que hacen las olas al llegar a la playa, ha dicho:

Radne: Hola..., yo era la mano que ha tirado de Hugo...

Durante un segundo me he quedado con la boca abierta. No sabía cómo podía entender las palabras de Radne, dudaba mucho de que habláramos el mismo idioma, pero aun así le había entendido a la perfección. Claro que, si teníamos delante a un sireno de verdad, podía llegar a creerme cualquier cosa... Muy poco a poco, para no asustarlo he dicho:

Yo: Encantada, Radne, yo soy Martina, y ella es Lucía.

Justo cuando Lucía iba a decir algo también, hemos oído gritos que se acercaban a toda velocidad, gritos que parecían decir: ¡VAMOOOS! y ¡YUPIII! y entonces..., ¡¡¡PLAS!!! ¡¡¡PLAS!!!, dos personas se han tirado en bomba al agua y al cabo de un segundo Nico y Sofía han salido nadando hacia la superficie.

Nico: ¡Lo sentimos, chicos! ¡Hemos tardado un poco más de la cuenta porque a Sofía le daba miedo tirarse sola y al final he tenido que hacerlo con ella...!

Sofía: ¡Hugo! ¡Menos mal que estáis bien!

De repente Sofía se ha quedado callada, con los ojos muy abiertos, mirando hacia las rocas.

Sofía: ¡Halaaa! ¡Eso es un sireno!

Lucía: Chiss, Sofía, Hugo ha dicho que no puede enterarse

nadie... Se llama Radne y él ha sido quien ha tirado de Hugo por el agujero.

Todavía con la misma expresión alucinada de antes, Sofía ha comenzado a nadar hacia las rocas.

Sofía: Hola, criatura mitológica irreal, yo soy Sofía, y este que ha llegado conmigo es mi amigo Nico. Que sepas que me encanta tu cola, ¿puedo tocarla?

En ese momento los demás nos hemos quedado helados; Hugo nos había dicho que Radne era muy miedoso, y va Sofía y se le acerca, tan tranquila, a pedirle si puede tocarle ¡LA COLA! Me ha dado un vuelco al corazón (aunque la verdad, yo también me moría de ganas de acercarme) al ver que el sireno se encogía y miraba al agua, como si pensara en marcharse, pero al cabo de un momento ha levantado la cabeza.

Radne: Vale... pero ten cuidado; no pases la mano hacia arriba, las escamas se podrían romper y me dolería...

Dado que a Radne no le importaba, los demás también nos hemos aproximado. De cerca, gracias a la luz que entraba en la gruta, hemos podido ver que Radne tenía la piel de la parte de arriba del cuerpo (es decir, la que parecía humana) muy pálida, como si nunca le hubiera dado el sol, y un cabello superraro, de un blanco azulado. Tenía los ojos de un verde oscuro, muy parecido al tono de las algas. Y la cola... (¡QUÉ PASADA, LA COLA!) era preciosa, de tonos lilas que iban degradándose de un morado oscuro a otro clarito. Al tacto era un poco extraño, he tardado en acostumbrarme porque era un poco viscosa, pero increíble a la vez. Me recordaba a un pez que tuve, se llamaba Tom y lo tenía en una pecera en mi habitación. Cuando debía limpiarle la pecera cogía a Tom con la mano y el tacto era exactamente igual que el de la cola de Radne.

No tengo ni idea de cuánto tiempo hemos pasado con el sireno. Tras estar un buen rato admirando su maravillosa cola, le hemos convencido de que se metiera en el agua, y ha comenzado a hacer piruetas y a saltar hacia arriba para salpicarnos. Cuando nos hemos dado cuenta, estaba oscureciendo y todos

nosotros estábamos tiritando a pesar de que, al caer al agua, nos había parecido que estaba calentita. Al final, Nico ha dicho:

Nico: Oíd, chicos, aunque esto es genial, quizá deberíamos salir de aquí.

Los demás nos hemos mirado. Si hubiese sido por mí, me hubiera quedado allí con Radne para seguir aprendiendo cosas sobre él, pero la verdad es que teníamos una pinta terrible, mojados y despeinados.

Sofía: Pero ¿adónde vamos? Si regresamos ahora al hotel, los profes nos van a regañar...

Pero Lucía, que es la mayor y la más responsable, ha dicho:

Lucía: Tenemos que hacerlo. Si no regresamos se van a preocupar por nosotros y podrían llamar a nuestros padres. Imaginad la que se liaría entonces.

Nico: ¿Alguien sabe cómo se llega al hotel?

Los cinco nos hemos mirado otra vez porque... ¡Nico tenía razón! Estábamos en una gruta bajo el agua, no sabíamos por dónde quedaba nuestro hotel y, de saberlo, estoy segura de que ninguno de nosotros tenía fuerzas para llegar nadando. Entonces, Radne se nos ha acercado. Él era el único que no parecía en absoluto cansado.

Radne: No os preocupéis. Yo os llevaré por un atajo hasta el hotel para que lleguéis antes.

Nos hemos agarrado todos a las manos de Radne y entonces él nos ha preguntado si estábamos listos. Al decirle que sí ha comenzado a nadar.

Yo sé que nado bien, soy bastante rápida, pero no estaba preparada para lo RÁPIDO que nadaba Radne (aunque si yo tuviera una cola de pez como la suya, ya veríamos). Durante todo el trayecto he tenido que taparme la nariz porque, si no, se me llenaba de agua y sentía que me ahogaba. A pesar de todo ha

valido la pena: como si fuera un torpedo, nos ha llevado fuera de la gruta, a mar abierto, y de allí ha comenzado a acercarse hacia la costa. Tenía razón con lo del atajo: en unos minutos hemos llegado a la playa cerca de nuestro hotel.

Nos hemos dejado caer en la arena, agotados, pero satisfechos: ¡por lo menos habíamos llegado! Cuando no hemos dado la vuelta para darle las gracias a Radne, ya había desaparecido en el agua.



¡HAY QUE LLEGAR
AL HOTEL!

No hemos tenido tiempo de recuperarnos de nuestra aventura con Radne, teníamos que levantarnos.

Nico: ¡Corred! ¡Que nos van a regañar!

Hugo: ¿Para qué? ¡Nos van a regañar de todos modos!

Aunque Hugo tuviera toda la razón, hemos echado a correr por la playa hasta que hemos llegado a un edificio grande y blanco. Ni siquiera nos hemos parado a pensar: hemos abierto unas puertas grandes, de cristal, de un empujón y hemos llegado a la recepción del hotel.

Justo a tiempo. Allí todavía estaban algunos de nuestros compañeros esperando a que les dieran las llaves de sus habitaciones.

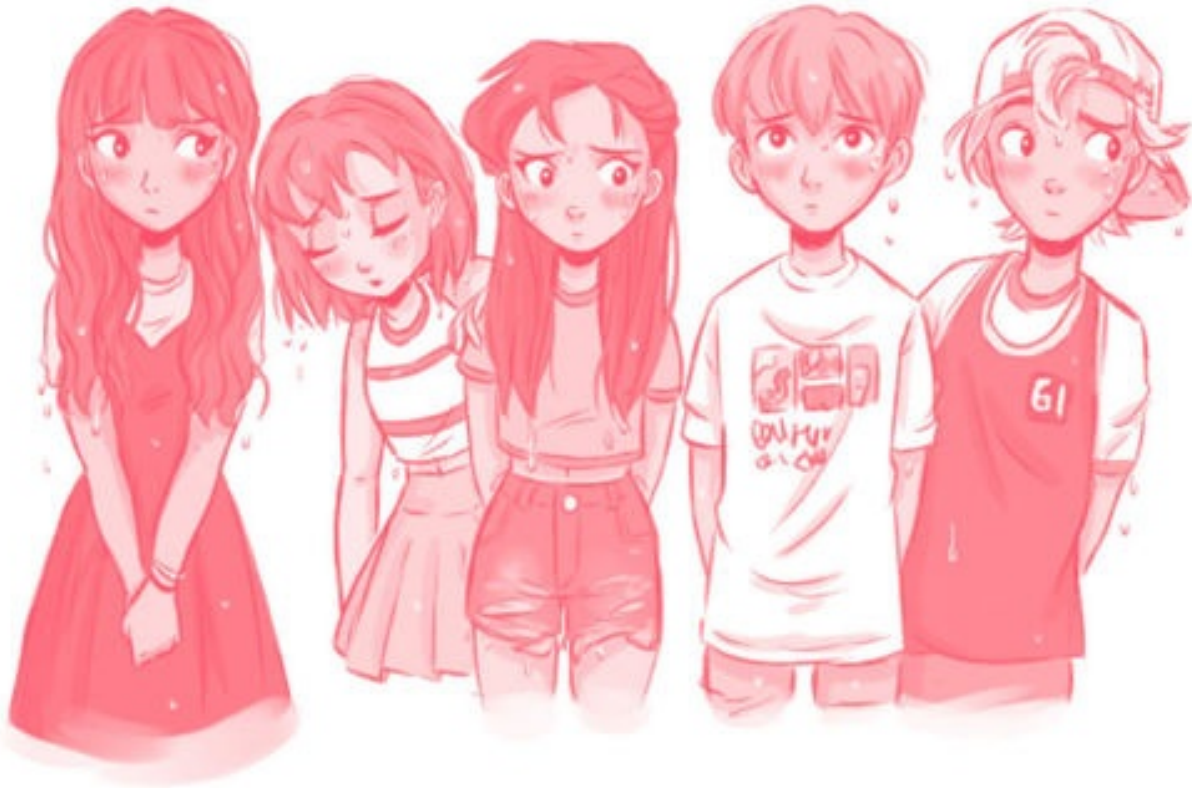
Nuestra entrada, sin embargo, ha llamado bastante la atención. Nada más vernos, míster Richard, nuestro tutor, se ha vuelto hacia nosotros:

Míster Richard: PERO ¿SE PUEDE SABER DÓNDE

ESTABAIS? ¡ESTÁBAMOS TODOS MUY PREOCUPADOS!

Al verlo tan enfadado, todos nos hemos quedado callados.

Míster Richard: Estoy comenzando a replantearme si sois lo bastante responsables para venir de viaje de fin de curso... ¿Dónde habéis estado? ¿Y por qué estáis tan mojados?



Lo único que han hecho mis amigos ha sido... ¡ponerse detrás de mí! ¡Cobardicas! Tenía que pensar en una buena excusa y tenía que hacerlo rápido... He puesto la cara **MÁS INOCENTE Y DE NIÑA RESPONSABLE DEL MUNDO** y, mientras cruzaba las manos a la espalda, he dicho:

Yo: Bueno..., es que... al ver el precioso atardecer, y las olas rompiendo contra la arena... pues... pues nos ha parecido un paisaje demasiado encantador para resistirnos. Y hemos ido a bañarnos. Lo sentimos muchísimo, profe, no volverá a ocurrir.

Después de soltarle esa trola al señor González, he aguantado la respiración esperando a ver cómo reaccionaba. ¿Y si no nos creía? ¿Y si nos mandaba de vuelta en el siguiente avión con destino a España porque no confiaba en nosotros? El profesor ha fruncido muchísimo el ceño, mirándonos, pero al final ha dejado escapar un suspiro larguísimo. Y luego, por fin, nos ha dado las llaves de nuestras habitaciones. Las chicas estaríamos todas juntas, como ya nos habían explicado antes del **viaje**, mientras que Hugo y Nico compartirían una habitación con otro compañero de clase.

Por fin hemos salido de la recepción y hemos ido hacia las habitaciones.

Y tengo que decir que... ¡vaya habitaciones!

Bueno, no, rectifico: ¡vaya cabañas!



El hotel parecía salido de la foto de una revista, pero mejor, porque lo veíamos en directo. Detrás del edificio de recepción estaba la playa, y en la playa, un montón de cabañas de madera con el techo de paja... que estaban sobre pilares de madera directamente dentro del agua. Se podía llegar a ellas por una pasarela de madera, y cada una tenía una zona de terraza con tumbonas y sombrillas, y una escalerilla que llegaba hasta el agua por si querías bañarte en esa agua cristalina llena de peces de colores y corales. Sofía ha señalado una de las cabañas

Sofía: ¡Chicas! ¡Creo que esta es la nuestra!

Lucía: ¡Qué emoción! ¡Abre la puerta!, ¿a qué estás esperando?

Cuando por fin hemos podido entrar en la cabaña casi me da un ataque de la ilusión. Las tres hemos comenzado a inspeccionarlo **TODO**: en las paredes había ventanas gigantescas a través de las cuales veíamos el **mar** que nos rodeaba, y había dos camas de matrimonio y, al otro lado de la salita, dos sofás blancos con cojines turquesas. Entre los sofás, hemos encontrado un cuenco lleno de frutas, pero no de esas aburridas que tenemos en casa, sino frutas tropicales raras y deliciosas (puedo afirmar que eran deliciosas porque... ¡las hemos probado todas!). El suelo estaba cubierto con una alfombra de rafia (¿qué es la rafia? Pues una especie de cuerda que se hace con hojas de palmera. ¡Obvio! ¡Estábamos rodeados de palmeras, de qué, si no, iban a estar hechas las cosas...!). Y luego estaba el baño, con una ducha enoorme donde el agua caía desde arriba como si fuera una cascada; también había una colección de geles de baño, cada uno con un aroma distinto: de manzana, de coco, de piña... Me he puesto a abrir todos los frascos para olerlos, y en esas estaba cuando he oído un ruido...

Sofía: ¡Chicas! ¿Quién se apunta a saltar encima de la cama conmigo?

Es que ese ruido tan raro era Sofía, que había comenzado a pegar botes en una de las camas. Yo me he quedado con la boca abierta, sin saber qué decirle. Suerte que Lucía es la voz de la razón:

Lucía: ¡Sofía! ¡Para, que nos van a echar la bronca! Además, ¡estás llenando la cama de arena!

Sofía se ha echado a reír.

Sofía: ¡Venga, Lucía! ¡Para ya de ser tan sosaina, siempre te pierdes los momentos divertidos comportándote como una madre! ¡Disfruta! ¡Es como si saltaras en una cama elástica!

Al final, ninguna de las dos hemos podido convencer a Sofía para que se bajara de la cama, y ha estado saltando hasta que se ha cansado y ha ido a tumbarse en uno de los sofás blancos.

Sofía: ¡Madre mía! ¿Habéis probado este sofá? ¡Es de lujo!



Por supuesto, cuando nos ha dicho eso, Lucía y yo hemos ido a probar los sofás también, y tenía razón: eran **COMODÍSIMOS**.

Pero había un problema: eran tan cómodos que, enseguida, hemos comenzado a quedarnos dormidas... ¡es que entre el **viaje** en avión y nuestra aventura con Radne, había sido un día **LARGUÍSIMO!**

Yo: Chicas... quizá deberíamos ir a dormir...

Y nada más decir esto, me he dado cuenta de una cosa: nosotras éramos tres, y en la cabaña solo había dos camas... ¡tenía que reaccionar rápido!

Yo: Bueno, chicas. Pues si vamos a dormir, os informo que yo me pido la cama para mí sola.

Por un segundo he pensado que me saldría con la mía, porque mis amigas no

han dicho ni mu. Pero no, es que estaban medio dormidas ya y han tardado en reaccionar.

Lucía: Un momento, un momento... ¿Por qué tengo yo que compartir cama con esta plasta? Ya tengo bastante con soportarla todos los días en casa... Deberías ser tú quien duerma con tu amiga.

Tenía que buscar una excusa rápido (de hecho, ya tenía bastante práctica), por lo que le he respondido:

Yo: Pero ¿qué quieres? ¿Que mate a Sofía a patadas? Que sepas que cuando duermo me muevo mucho, parece que haga kung-fu.

Lucía: Bueno, a mí qué me importa lo que hagas mientras duermes, pero estamos de viaje y estoy decidida a librarme de esta lapa mientras estemos aquí...

Yo: Hala, acabas de llamar «lapa» a tu hermana, eso es muy feo...

Lo he dicho para ver si se sentía mal por lo que acababa de decir. Al comprobar que no, he añadido:

Yo: Además, como eres tú la mayor, debes ser más responsable que las demás y te toca...

No he podido acabar la frase, porque entonces Sofía se ha puesto en pie, roja como un tomate y, con los brazos cruzados, ha gritado:

Sofía: ¡BUENO, YA ESTÁ BIEN! ¿NO? ¡YA ME HA QUEDADO CLARO QUE SOY UNA MOLESTIA! ¿SABÉIS QUÉ OS DIGO? ¡QUE OS METÁIS LAS CAMAS DONDE OS QUEPAN, YO ME MARCHO DE AQUÍ!

No creo que a Sofía le haya hecho mucha ilusión que, después de su discurso, Lucía y yo nos echáramos a reír. Pero ¡es que así enfadada estaba tan graciosa...!

Lucía: ¿Y dónde crees que vas a ir, lista?

Yo: ¡Eso! ¡No vas a irte tú sola por ahí!

Sofía ha fruncido el ceño, todavía más seria que antes. ¿Y qué hemos hecho nosotras? ¡Pues reírnos más fuerte! (Lo siento, ¿vale? Sé que es feo reírse de alguien, pero no podía evitarlo.)

Sofía: Me iré con Radne, seguro que a él no le importa estar conmigo.

Yo: Pero ¿cómo vas a encontrarlo? ¡Vive en el mar!

Sofía: No lo sé, pero sé que sabría encontrarlo...

Y entonces ha ocurrido algo RARÍSIMO, porque mientras hablaba, Sofía se ha puesto superroja. Y no era roja de enfadada, sino de otra cosa...

No he podido evitarlo: la boca se me ha abierto tanto que casi me llegaba al suelo.

Yo: ¡TE GUSTA RADNE!

No ha hecho falta que Sofía dijera nada, porque si antes estaba roja, en ese momento se ha puesto color lava recién salida de un volcán.

Ahí sí, Lucía y yo no hemos podido evitarlo de veras y nos hemos echado a reír todavía más fuerte. Y cuanto más reíamos nosotras, más se enfadaba Sofía.

Sofía: ¡Parad ya! ¡No tiene gracia!

Pero en serio, sí la tenía, al menos para Lucía y para mí. Nos reíamos tan fuerte que comenzaba a faltarnos el aire, y hemos tenido que tumbarnos en la cama para no caer al suelo. Sofía estaba cada vez más roja y al final, ha dicho en un susurro:

Sofía: Bueno, ¿y qué pasa si me gusta... un po...?

Yo: ¿Qué dices? No te hemos oído bien.

Lo reconozco: la oíamos perfectamente, pero quería que lo dijera bien alto solo para hacerla rabiar.

Sofía: Pues que me gusta Radne, ¿vale?

Lucía y yo nos hemos mirado, tratando de aguantar las risotadas que se nos escapaban irremediabilmente, y le hemos pedido a Sofía que hablara **TODAVÍA MÁS ALTO**.

Y Sofía ha hecho lo que pedíamos:

Sofía: ¡QUE ME GUSTA RADNE!, ¿VALE? ¡ME GUSTA! ¡Y YA ESTÁ!

Sofía: **¡QUE ME GUSTA
RADNE!, ¿VALE? ¡ME
GUSTA! ¡Y YA ESTÁ!**



Ha gritado tan tan fuerte que los cristales de las ventanas se han puesto a temblar. Y aun así, Lucía ha comentado:

Lucía: Ufff... creo que tengo cera en los oídos, porque no te he oído bien... ¿te importaría repetirlo?

Puede que se haya pasado un poco, porque Sofía ha dado una patada al suelo y se ha ido hacia la puerta de la cabaña.

Sofía: ¡Pues lávate las orejas, pringosa!

Después se ha marchado dando un portazo que casi rompe la puerta. Quizá tendríamos que haber ido tras ella, pero no lo hemos hecho. Primero, porque así

Lucía y yo teníamos una cama para cada una. Hemos pensado que, cuando Sofía regresara, ya se quedaría en uno de los sofás, y segundo..., pues porque estaba demasiado ocupada pensando una cosa: que si a Sofía le gustaba Radne... ¡eso significaba que me dejaría en paz con Hugo! ¡BIEEEN!



No sé por qué me he despertado. Quizá he captado algún ruido, o quizá porque esta cama, aunque es comodísima, no es igual que la que tengo en mi casa. El caso es que he abierto los ojos en medio de la noche con la luz de la luna entrando por las ventanas gigantescas de la cabaña y me he dado cuenta de que **SOFÍA NO HABÍA REGRESADO**.

Mientras me levantaba de la cama, me he arrepentido de habernos reído de ella antes. ¿Cómo habría reaccionado yo si mis amigas se hubieran reído porque me gustara Hugo? ¡Ay, pobre Sofía!

He corrido a despertar a Lucía, que dormía como un tronco.

Lucía: Mmm... ¿Qué ocurre?

Estaba muy dormida, pero en cuanto le he contado que Sofía no estaba, se ha espabilado de golpe y ha dicho:

Lucía: ¿Tú crees que iba en serio?

Yo: ¿El qué?

Sofía: Que si crees que iba en serio lo que ha dicho: que iría a buscar a Radne.

¡CLARO!

¡Tenía que ser eso! Pero de ser así... Sofía había hecho algo muy peligroso, porque ¿y si se perdía? O PEOR, ¿y si, al buscar a Radne en la playa, se caía al agua y se ahogaba? No podíamos quedarnos en la habitación esperándola. Lucía y yo nos hemos vestido a toda prisa y hemos salido. Hacía frío y mucha humedad, pero no nos hemos entretenido: hemos echado a correr por las pasarelas de madera que comunicaban entre sí las cabañas del hotel, pues necesitábamos ayuda para encontrar a Sofía.

Yo: ¡Corre, Lucía!

Lucía: Ya corro, ya, pero... ¿por qué la habitación de los chicos tiene que estar tan lejos?

Tenía razón: la cabaña donde dormían los chicos estaba al otro lado de la playa, pero ¡teníamos que llegar! Así que he cogido a Lucía por el brazo, he tirado de ella para que siguiera corriendo y he dicho en voz alta:

Yo: ¡Vamos, Lucía! ¡Ya queda poco!

Aunque luego he descubierto que eso ha sido muy muy mala idea, porque de repente se ha encendido una luz en la cabaña que teníamos más cerca, y hemos visto una figura que se asomaba por la ventana. ¡Era míster Richard! ¡Nuestro profe!

Míster Richard: Girls! Where do you think you're going?

Es decir, traducido, el profe ha dicho: «¡Chicas! ¿Adónde creéis que vais?». Por supuesto, no nos hemos entretenido en responderle, sino que en ese

preciso instante ha sido Lucía quien me ha agarrado y ha tirado de mi brazo para que no me detuviera. Si no tuviéramos tanta prisa, me hubiera echado a reír porque... bueno, ¡porque hasta ese momento había sido yo quien le metía prisas a Lucía! Pero, en serio, no teníamos tiempo para reír: hemos seguido corriendo por las pasarelas de madera, tan rápido que todavía no sé cómo no nos hemos caído de cabeza al agua, hasta que hemos llegado a la cabaña donde dormían los chicos y hemos comenzado a llamar a la puerta, aunque teníamos que hacerlo muy flojito para no despertar a nadie que no fueran nuestros amigos.

Yo: ¡Chicos! ¡Abrid! ¡Tenemos un problema!

Al cabo de unos minutos de golpear la puerta, ha aparecido Hugo en pijama y dando un bostezo. Detrás de él, Nico nos miraba todavía con más cara de sueño que él.

Hugo: Mmm... chicas, son más de las cuatro de la madrugada, ¿qué ocurre?



Se lo hemos contado todo, entre susurros y en un tiempo récord. Incluso la parte de que a Sofía le gustaba Radne (aunque después he pensado que, quizá, eso tendríamos que habérselo callado. ¡Ups!), y en un minuto los chicos ya estaban listos. Los cuatro hemos puesto rumbo a la playa donde esa tarde nos había dejado Radne. Como estábamos lo bastante lejos de las cabañas del hotel, ahí sí hemos podido ponernos a gritar a pleno pulmón:

Nico: ¡SOFÍA!

Lucía: ¡SOFÍÍÍAAA! ¡¿DÓNDE ESTÁÁÁS?!

Todo estaba muy oscuro y el viento hacía revolotear la arena de la playa, que se nos metía en los ojos. Hemos estado pegando gritos hasta casi quedarnos sin voz, y al final, agotados, hemos ido a sentarnos sobre unas rocas que estaban

cerca de la orilla. Solo por probar, he respirado muy hondo y he chillado, todo lo fuerte que he podido:

¡SOFÍÍÍAAA!

Y en ese momento hemos podido oír a lo lejos una voz familiar que nos pedía: «¡Chiss, chicos! ¡No gritéis tan fuerte, vais a despertar hasta a los peces!».

Yo: ¿Quién anda ahí?

Yo solo veía dos siluetas que se acercaban desde el agua, así que he cogido mi móvil y he encendido la linterna...

Sofía: ¡Ay, Martina! ¡Que nos deslumbras!

¡ERA SOFÍA! ¡SOFÍA, SANA Y SALVA!

Y acompañada, ¡porque resulta que Radne estaba con ella dentro del agua! (Así que había encontrado al sireno, al menos... ¡bien por ella!) Nada más verla, Lucía ha echado a correr hacia su hermana para abrazarla.



Lucía: ¡HERMANITA! ¡POR FIN TE HEMOS ENCONTRADO!
¿Habéis estado juntos todo este tiempo?

Eso se lo ha preguntado directamente a Radne, y este ha bajado la cabeza, avergonzado.

Radne: Sí... no pensábamos que estaríais tan preocupados..., lo siento.

Lucía: ¡Ahora ya no importa! ¡Por lo menos no te ha pasado nada, Sofía!

Los demás, claro, también nos hemos sentido muy aliviados. Todos, quizá, menos Nico, que se ha cruzado de brazos y le ha dado una patada a la arena de la playa.

Nico: ¡No puedo creerme que hayamos desperdiciado toda la noche buscándote!

Lucía: ¡Tienes razón, Nico! ¡Ya está amaneciendo!

Yo: Pero ¿qué hora es?

Hugo ha mirado su reloj de pulsera y ha soltado un bostezo gigante.

Hugo: ¡Si son las seis y cuarto de la mañana! ¡No me extraña que tenga tanto sueño!

¡LAS SEIS Y CUARTO! Me he llevado las manos a la cabeza alarmada, ¡llevábamos horas buscando a Sofía!

Yo: ¡Dentro de nada los profesores irán a despertarnos a nuestras cabañas del hotel!

Al oírlo, Hugo ha sido el primero en dar un paso hacia atrás.

Hugo: Pues yo me voy, chicos...

Lucía: ¿Y vas a dejarnos aquí plantados?

Hugo ha encogido los hombros mientras se daba la vuelta en dirección al hotel.

Hugo: Bueno, es que no me quiero ganar un castigo, y ya hemos encontrado a Sofía. ¿Qué más queréis hacer?

Yo: Pues tienes razón...

Me he apresurado a decirlo no solo porque tenía razón, sino porque.. bueno, si podía regresar al hotel a solas con Hugo, paseando por esa **playa maravillosa...** ¡tenía que aprovechar la oportunidad!

Ya habíamos dado un par de pasos cuando Sofía nos ha llamado:

Sofía: ¡Chicos, chicos, esperad! ¿No os quedáis a ver el amanecer?

Nico ha dicho que no con la cabeza y se ha puesto al lado de Hugo y de mí (¡LÁSTIMA!) diciendo:

Nico: Pues a mí me encantaría, pero hoy tenemos un día muy largo, los profesores van a llevarnos a hacer piragüismo, así que...

Sofía ha comenzado a protestar pero entonces Radne, que no se ha movido de su lado, ha soltado un suspiro.

Radne: Creo que los demás tienen razón, Sofía, será mejor que todos regreséis al hotel... ¡NOS VEMOS!



Al final Sofía ha dejado que su hermana la llevara hacia la arena. Estaba completamente empapada, y tiritaba. Todos nos hemos despedido del sireno, que se ha zambullido en el mar con tanta fuerza que nos ha salpicado, y hemos comenzado a caminar por la playa mientras a lo lejos salía el sol. La verdad es que el amanecer era PRECIOSO, porque en un momento el cielo ha pasado del azul oscuro a un arcoíris de rojos y violetas. Mientras avanzábamos todos nos hemos quedado embobados mirándolo... todos menos Sofía, que ni siquiera ha levantado la cabeza.

Yo: ¿Estás bien, Sofía?

A ella se le ha escapado una sonrisa triste.

Sofía: Sí... solo es que, de verdad, tenía muchas ganas de ver el

amanecer con Radne. Habría sido superromántico...

Cada vez me sentía peor por haberme reído de los sentimientos de Sofía la noche antes, así que le he pasado un brazo por los hombros.

Yo: Tranquila... ya verás como mañana tendrás otra oportunidad para que ocurra algo romántico...

No sé si la he animado mucho, porque Sofía ha comenzado a negar con la cabeza y ha dicho:

Sofía: Ya... No sé, pero es que... ¡solo con que nos hubierais encontrado un poquito más tarde, no me habríais arruinado el momento!

No he tenido tiempo de decirle nada, ni siquiera de pedir disculpas porque en ese momento, agotados y muertos de sueño, hemos llegado al hotel. Nos hemos despedido de los chicos y nosotras hemos ido hacia nuestra cabaña. Después de la caminata por la playa ya eran casi las siete, pero nos hemos puesto el pijama y nos hemos metido en la cama (al final, me he salido con la mía, y Lucía y Sofía han compartido la suya: ¡yupi!), primero porque estábamos supercansadas y queríamos aprovechar para dormir, aunque fuera diez minutos, y segundo porque cuando llegaran los profesores teníamos que fingir que no habíamos salido de la habitación en toda la noche.

No sé realmente cuánto tiempo hemos podido dormir. A mí me ha parecido que nada más cerrar los ojos, ya hemos oído los golpes en la puerta.

Yo: Mmm... Lucía, ¿puedes abrir tú?

Me ha salido una voz cansada y ronca, de esas que se te pone nada más despertarte por la mañana cuando no te apetece hacer nada. Yo quería aprovechar aunque fuera un par de minutos más para dormir.

Lucía: ¿Y por qué yo?

Yo: Porque eres la mayoor... y deberías ser más responsable...

Lucía: Sí, claro... eso es muy injusto, solo soy la mayor para lo que os interesa...

Yo he cerrado los ojos y me he tapado la cabeza con el edredón, pero entonces los golpes en la puerta se han hecho más fuertes.

Míster Richard: ¡BUENOS DÍAS, CHICAS! ¡ESPERO QUE HAYÁIS DORMIDO BIEN! HOY TENEMOS UNA ACTIVIDAD DE PIRAGÜISMO ALREDEDOR DE LA ISLA, ASÍ QUE OS ESPERAMOS EN EL BUFET DEL HOTEL DENTRO DE DIEZ MINUTOS, CON EL BAÑADOR PUESTO BAJO LA ROPA!

UUUF. Qué sueño.

¡BUENOOOS DÍAS, CHICAS!





Al final solo hemos llegado diez minutos tarde, y eso que para despertar a Sofía, Lucía ha tenido que tomar **MEDIDAS DESESPERADAS**.

Primero, me ha amenazado a mí con arrastrarme hacia el bufet toda despeinada y en pijama para que Hugo me viera. Como era de esperar, yo me he puesto en pie **ENSEGUIDA**.

Con Sofía ha sido más difícil: a ella sí la ha arrastrado hasta la terraza que teníamos fuera de la cabaña. Yo creo que lo ha hecho para que le diera el sol y el aire, para que así Sofía se despejara, pero... ¡¡¡**PLAS!!!** se ha pasado un poco, y Sofía ha acabado cayendo al agua.

En realidad, lo que más nos ha retrasado ha sido que Sofía ha tenido que ducharse y lavar su pijama, porque estaba empapado de agua salada y lleno de algas. Por suerte, nadie se ha dado cuenta de que llegábamos tarde, porque todo el mundo estaba demasiado ocupado comiendo lo que había en el bufet del restaurante (¡tostadas!, ¡huevos!, ¡cereales!, ¡fruta fresca!... ¡Como diez tipos de zumos diferentes! ¡Yo quiero desayunar en un lugar así el resto de mi vida!). Por suerte, los chicos nos habían guardado un sitio en su mesa, y después de arrasar con todo lo que hemos podido del bufet, nos hemos sentado con ellos.



Y, la verdad, los chicos estaban igual o más dormidos que nosotras.

Hugo: Ufff... no sabéis lo cansado que estoy... ¿Vosotras cómo habéis logrado levantaros?

Nosotras nos hemos echado a reír. Bueno, solo Lucía y yo. Sofía, que aún tenía el pelo mojado, ha dicho:

Sofía: Pues yo lo he logrado porque Lucía me ha tirado al agua.

Nada más oírlo, Hugo también se ha puesto a reír con nosotras y, de repente, ya tenía mucho mejor cara. El único que se ha quedado callado era Nico porque... bueno. Yo creo que en realidad seguía dormido, porque en cuanto ha intentado servirse un vaso de zumo de naranja, como tenía los ojos cerrados, todo el zumo ha ido a parar sobre la mesa.

Lucía: ¡Nico! ¡Nico, espabila, que lo estás manchando todo!

Pero en vez de abrir los ojos, Nico ha murmurado:

Nico: Voy a echarle azúcar a ver si ayuda...

Yo: ¿A qué vas a echarle azúcar? ¿Al vaso vacío?

Y es que, realmente, ni una gota de zumo había ido a parar dentro del vaso.

Sofía: ¡Martina! ¡Qué mala eres!

Pero mala o no... por lo menos mi comentario ha logrado que nos echáramos todos a reír, incluido Nico, que por fin ha abierto los ojos.

Al menos ya estábamos todos despiertos, y lo íbamos a necesitar, porque nos esperaba un día maravilloso.



Después del desayuno, los profesores nos han llevado a una playa cercana para hacer la actividad de piragüismo. Yo he tenido suerte: como las piraguas eran de dos plazas, me han puesto con Sofía, y luego Hugo y Nico también han quedado juntos. A Lucía le ha tocado ir sola en una piragua individual, y aunque en un principio no parecía muy contenta, nada más montarse en su piragua, que era roja con bandas negras a los lados, ya le ha cambiado la cara.

Después de que los monitores de la actividad nos hayan enseñado cómo manejar las piraguas, ha llegado el momento que todos esperábamos: ¡al agua! Toda la clase, con los monitores y los profesores, nos hemos metido en el **mar** para hacer una excursión hacia un arrecife de coral que estaba cerca de la costa.

CÓMO MANEJAR UNA PIRAGUA



***Meterse dentro.** Eso es un poco complicado porque como son tan estrechas es muy fácil volcar. De hecho, Sofía y yo hemos acabado un par de veces en el agua hasta que hemos conseguido meternos dentro las dos.

***Coger un remo.** Como la piragua tenía dos plazas, pues un remo para cada una.

***Coordinación.** Una cosa importante con respecto a las piraguas es que no te puedes poner a remar a lo loco. Hay que hacerlo al mismo tiempo que tu compañero o compañera porque, si no, se puede volcar (ya he dicho que eso de volcar una piragua es SUPERFÁCIL).

***Avanzar.** Avanzar con una piragua tampoco es la cosa más fácil del mundo. Para ir a la derecha hay que poner el remo... A LA IZQUIERDA. Y para ir a la izquierda, hay que remar POR LA DERECHA. ¿Y para ir recto? En ese caso, y eso es lo más complicado de todo, lo que hay que hacer es remar una vez para cada lado. Si no se hace bien, lo único que logras es ir en círculos...

Parece complicado, pero cuando le pillas el tranquillo... ¡está chupado! Y yo, la verdad, creo que lo he pillado enseguida.

Sofía: ¡Qué bien se te da, Martina!

Y no solo se me ha dado bien a mí. La verdad es que Sofía, aunque al principio había tenido algunos problemas para remar del lado correcto, también se ha acostumbrado pronto. A los chicos les ha pasado lo mismo, porque durante unos minutos en vez de moverse hacia delante, su piragua ha comenzado a dar vueltas sobre sí misma, pero luego ya se han puesto de acuerdo en remar a la vez y entonces... ¡iban a toda velocidad!

Hugo: ¡Chicas! ¡Mirad qué rápido vamos!

Yo al momento me he vuelto hacia Sofía, que estaba en el asiento de detrás de mí.

Yo: ¡Vamos, Sofía! ¡A ver si los alcanzamos!

Nos hemos puesto a remar COMO LOCAS, y enseguida hemos ganado velocidad, mucha velocidad...

¡¡¡DEMASIADA VELOCIDAD!!!

Delante de nosotras hemos visto cómo los chicos dejaban de remar y, aun así, su piragua seguía moviéndose como un torpedo. ¡PARECÍA QUE DEBAJO DE NUESTRAS PIRAGUAS TUVIÉRAMOS UN IMÁN QUE TIRARA DE NOSOTROS! De repente, hemos comenzado a tambalearnos. Lo mismo ha empezado a ocurrir con la piragua de los chicos, que se movía tan fuerte que han acabado cayéndose al mar. Yo he soltado el remo para agarrarme a los bordes de la embarcación, pero no ha servido de nada: tras una sacudida más fuerte que las demás, he perdido el equilibrio.

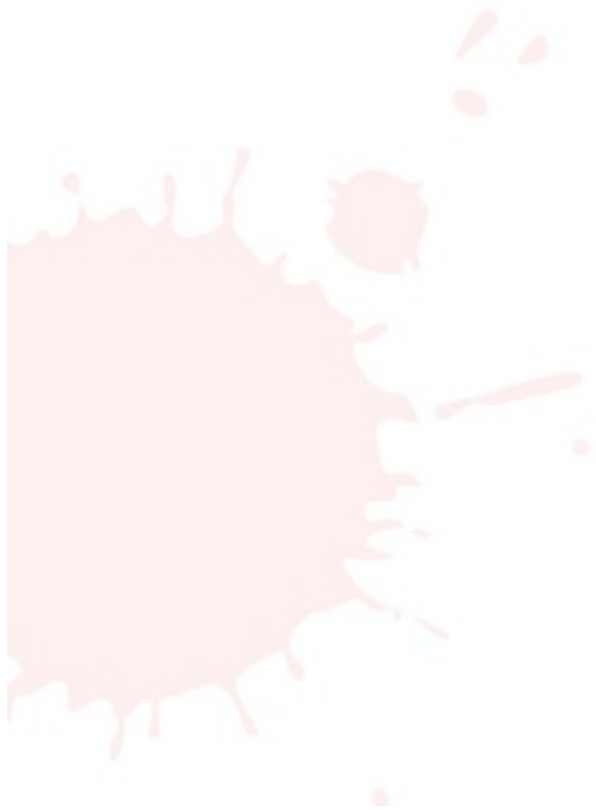
Me ha dado tiempo a ver cómo, a lo lejos, Lucía se ponía en pie y se lanzaba al agua de cabeza. Luego, sin que Sofía ni yo pudiéramos hacer nada por evitarlo, nuestra piragua se ha volcado.

¡PLAS!

Durante unos segundos HORRIBLES, pensaba que nos íbamos a ahogar. Y durante unos segundos TODAVÍA MÁS HORRIBLES, he visto una sombra que se nos acercaba nadando, y he pensado que IGUAL ERA UN TIBURÓN QUE QUERÍA COMER NOS... Y YO NO SÉ QUÉ ES PEOR, LA VERDAD, AHOGARSE O QUE SE TE MERIENDE UN BICHO MARINO GIGANTE.

Pero no era un tiburón: era Radne.

Radne: Chicos, tranquilos, ya estoy aquí.



Debe de ser magia. Una magia maravillosa de las sirenas, pero... **PODEMOS RESPIRAR DEBAJO DEL AGUA.**



No sé cómo lo ha hecho Radne, pero después de venir nadando hacia nosotros nos ha puesto la mano sobre la cara uno a uno y, de repente, podíamos respirar sin problemas. No nos lo podíamos creer. Hemos comenzado a nadar arriba y abajo, viéndolo todo: peces, corales, algas... había tantos colores por todas partes...

Entonces es cuando Radne ha dicho:

Radne: Si esto os parece increíble... tengo que deciros que todavía no hemos llegado a la mejor parte.

Lucía, como la mayor y responsable que es, enseguida se ha preocupado por si los profesores nos pillaban.

Lucía: ¿Cómo vamos a dejar nuestras piraguas vacías en medio del mar? ¡Se darán cuenta de que faltamos!

Y cuando pensábamos que no podía ser más increíble, Radne nos ha contado algo que nos ha alucinado ¡TODAVÍA MÁS!

Radne: No os preocupéis por eso, hay otro secreto que aún no os he contado... Cuando un humano baja de la superficie al mundo de las sirenas, el tiempo en el exterior se detiene y queda todo congelado. Hasta que crucéis la línea de nuevo, nadie podrá darse cuenta de que faltáis.

No me ha dado tiempo a preguntarle a Radne **CÓMO ERA POSIBLE QUE EL TIEMPO PUDIERA PARARSE**, porque en ese preciso instante nos ha hecho una seña para que lo siguiéramos. Nos ha llevado hacia una corriente de agua que estaba llena de peces tropicales nadando a toda velocidad, y nos hemos dejado arrastrar por ella hasta que hemos llegado a la gruta submarina donde nos habíamos encontrado por primera vez. No nos hemos quedado allí mucho rato: Radne nos ha guiado hacia un agujero superoscuro al fondo de la gruta. Como nadábamos a ciegas, reconozco que me ha dado un poco de miedo, creía que me perdía... hasta que la mano de alguien se ha cogido a la mía, y eso me ha dado ánimos para seguir. Al final de la gruta hemos visto una luz verdosa, y hemos ido a parar a una gruta todavía más grande, que estaba llena de algas que emitían una luz fosforescente.

También he visto que, en realidad, la mano que me había agarrado... **¡ERA LA DE HUGO!**



Estoy segura, segurísima, de que incluso debajo del agua me he puesto roja. Sobre todo porque Hugo se ha quedado mirando nuestras manos entrelazadas.

Yo: Ah... pensaba que eras Sofía.

Frenética, he mirado alrededor para ver si Sofía me podía ayudar pero... estaba demasiado ocupada. ¡COGIÉNDOLE LA MANO A RADNE!

Entonces Hugo me ha preguntado con una sonrisa:

Hugo: ¿A Sofía la agarras así de fuerte?

Yo: Sí, claro...

Ni siquiera entiendo POR QUÉ le he puesto esa excusa. Ni por qué seguía sujetando la mano de Hugo a pesar de todo. Quería morirme de la vergüenza, especialmente cuando Nico se me ha acercado y me ha susurrado algo al oído.

Nico: Martina, la próxima vez que quieras ligar con Hugo,

¡intenta no estar tan cortada!

Me he puesto todavía más roja y, tan flojito que no estaba segura de que mi amigo pudiera oírme, le he dicho:

Yo: Yo no intentaba ligar...

Nico: Vale, quizá tú no, pero ¡él sí intentaba ligar contigo! Así que a la próxima tienes que estar más atenta...

No me ha dado tiempo a preguntarle a Nico si hablaba en serio, si de verdad creía que HUGO INTENTABA LIGAR CONMIGO, porque en ese momento, Radne ha soltado la mano de Sofía y se ha puesto delante de todos con una sonrisa radiante.

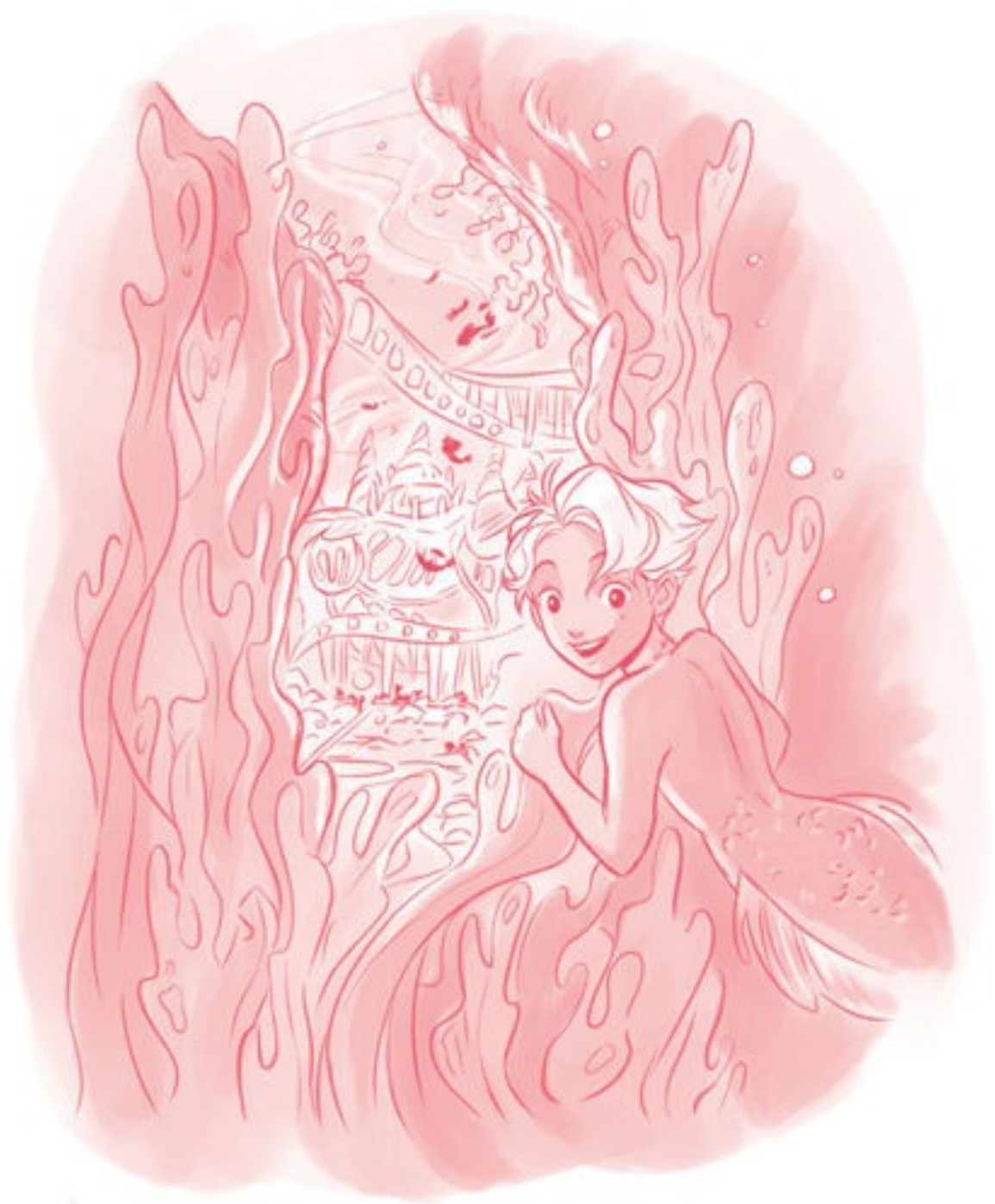
Radne: Chicos y chicas, ¡bienvenidos al lugar más mágico de todo el mar!

Mis amigos y yo nos hemos mirado extrañados. Lo único que veíamos en esa nueva gruta era un montón de algas de un verde brillante. Pero entonces Radne se ha acercado a las algas, y tras dar un par de golpes fuertes con su cola, ha terminado de apartarlas con una mano.

Él tenía razón: lo que hemos visto era un lugar mágico. Mágico, maravilloso, increíble.

He tenido que pellizcarme para asegurarme de que no estaba soñando.

¡UNA CIUDAD DE SIRENAS!





Necesitaría días para explicar lo que hemos visto en esa ciudad bajo el agua: era enorme, con casas hechas de piedra que parecían castillos de cuentos de hadas, con torreones acabados en punta y decorados con perlas, piedras preciosas, algas y conchas de colores. Por todos lados nadaban sirenas y sirenos, de todos los tamaños. ¡Incluso hemos visto a una sirena bebé que sus padres llevaban en un carrito hecho con una parte de la concha de una almeja gigante! Todas las sirenas y los sirenos con quienes nos hemos cruzado han venido a saludarnos, a preguntar de dónde veníamos, cómo nos llamábamos...

También nos hemos topado con un autobús. O al menos, algo que en nuestro mundo haría la función de autobús: una concha gigantesca, con asientos hechos de algas entrelazadas, tirada por los caballitos de mar más grandes que había visto **EN MI VIDA**.



Habría dado lo que fuera por ir por mi cuenta y cotillear dentro de las casas, montarme en ese autobús maravilloso, marcharme con un grupo de niños sirenos que parecía que jugaran al pillapilla bajo el mar... pero no quería avergonzar a Radne que al fin y al cabo era nuestro anfitrión, así que he tenido que conformarme con mirarlo todo con ojos como platos y la boca abierta. Tenía tantas preguntas que hacer, tanto por explorar...

Mientras nos guiaba cada vez más hacia el centro de esa ciudad maravillosa, Radne ha preguntado:

Radne: Chicos, ¿os gustaría conocer a mis padres?

¿Alguien duda de qué le hemos contestado?

¡PUES CLARO QUE QUERÍAMOS
CONOCER A SUS PADRES!

Justo entonces Radne ha cogido la caracola que llevaba colgada del cuello y ha comenzado a hablar... ¡era una especie de teléfono! La magia de las sirenas me parecía cada vez más increíble, pero aunque quería aproximarme a él y preguntarle cómo funcionaba la caracola, no he podido, porque Sofía se me ha acercado.

Sofía: Martina, ¿te puedo pedir un favor?

Yo le he respondido que sí, claro. A las amigas se les hacen favores si te los piden.

Sofía: No seas demasiado amable con los padres de Radne, ¿vale? Quiero que se fijen en mí, quiero caerles fenomenal porque así después le comentarán: «¡Oh, Radne, esa niña nos parece fantástica para ti!».

He intentado estar seria mientras Sofía hablaba, aunque notaba que la risa se me escapaba. ¡Ojo! ¡Que no me quería reír de ella! ¡Es que me hacía gracia que Sofía pensara que si yo hablaba con los padres de Radne, no se fijarían en ella, y eso es UNA TONTERÍA, porque Sofía es genial y no debería preocuparse por esas cosas...! Pero al final, para que estuviera contenta, he dicho:

Yo: Vale, entendido, borde total.

Y he intentado mantenerlo, en serio. Al cabo de un rato los padres de Radne han llegado nadando por una de las calles de esta ciudad maravillosa. Nos han preguntado nuestros nombres y dónde habíamos conocido a su hijo. A mí, la verdad, me han caído de fábula, aunque para cumplir mi palabra he intentado no interesarme demasiado en lo que decían y he dejado que hablaran todo el rato con Sofía. Tampoco me ha importado mucho porque, en realidad, como Radne estaba ocupado con sus padres también, los demás hemos podido explorar por nuestra cuenta un poco más.

COSAS QUE HEMOS VISTO Y HECHO EN LA CIUDAD DE LAS SIRENAS

*¡Nos hemos montado en el autobús-molusco! Ha sido una forma genial de ver toda la ciudad submarina sin cansarnos demasiado. Cuando ya habíamos dado una vuelta entera, al bajar, he podido acariciar uno de los caballitos de mar que tiraban del vehículo.

*Hemos jugado al pillapilla con los niños sirenos.

*Hemos PERDIDO al pillapilla. Pero ¡porque los niños sirenos tenían cola de pez y nadaban mucho mejor que nosotros!

*Por equivocación hemos entrado en lo que parecía... ¡un restaurante! Al menos, era un sitio donde había un montón de sirenos y sirenas comiendo pescado y algas. No me ha parecido una cosa muy apetitosa, la verdad.

*Hemos descubierto que, en vez de perros y gatos, las sirenas tienen pulpos como mascotas. ¡Y los pasean con una correa!



Hay muchas, muchísimas más cosas en esta lista, pero ya he dicho que necesitaría un libro entero para contarlas... y ha ocurrido algo que ha fastidiado la diversión: se nos ha hecho de noche. De repente, ha comenzado a oscurecer y la ciudad se ha llenado de lucecitas brillantes que, nos hemos dado cuenta, provenían de las perlas y piedras preciosas que decoraban las casas. Entonces Radne, sus padres y Sofía han venido a buscarnos (justo en ese preciso instante, Lucía, Nico, Hugo y yo nos habíamos sentado en un banco hecho con bloques de coral coloreado para descansar). Era hora de regresar a la superficie.

Me ha dado una pena inmensa, yo me habría quedado toda la noche, qué digo, ¡toda la semana!, en este lugar maravilloso, pero no ha podido ser. Radne, muy triste, nos ha guiado otra vez por los túneles y las grutas.

Nos hemos despedido de él y justo al sacar la cabeza de debajo del agua hemos recibido un grito SUPERFUERTE del profesor Richard.

Profesor Richard: Pero ¡¿qué hacéis?! ¿Cómo os habéis caído todos? ¡Haced el favor de subir a vuestras piraguas ahora mismo!

Todos hemos intercambiado una mirada rápida: ¡pues era verdad que fuera del agua el tiempo no había pasado!

Nos hemos subido a nuestras piraguas aún alucinando por todo lo que

acabábamos de vivir, y al cabo de poco los profesores nos han avisado de que fuéramos recogiendo para volver al hotel.



Bueno. Tenía que pasar tarde o temprano.

En realidad, ha pasado justo después de llegar a nuestras cabañas. Teníamos que cambiarnos para ir al restaurante del hotel a cenar, y justo entonces Sofía se ha echado a llorar.

Yo: Sofía, ¿estás bien?

Ella enseguida se ha encogido de hombros y ha tratado de enjugarse las lágrimas, pero solo ha conseguido que le quedaran dos manchurrónes en las mejillas.

Sofía: No..., es que..., da igual...

Yo ya me imaginaba qué le ocurría y estaba segura de que se sentiría mejor si al menos lo hablaba con alguien, así que le he rodeado los hombros con un brazo.

Yo: No, Sofía, dime...

La verdad, ha sido bastante fácil convencerla: nada más oírme, Sofía se ha echado a llorar con más ganas, y ya no ha intentado disimularlo.

Sofía: Es que... me he acordado de algo supertriste que me han dicho los padres de Radne... Me han dicho...: «Sofía, eres una chica ejemplar para nuestro hijo, ojalá fueras una sirena y pudieras quedarte aquí...».



A partir de ese momento, a Sofía le han comenzado a caer unos lagrimones terribles. Se estaba poniendo rojísima y no paraba de hipar. Yo la he abrazado

más fuerte, y Lucía ha corrido a nuestro lado para hacer lo mismo. ¡Pobre Sofía!
¡Nuestros abrazos solo han servido para que se pusiera peor!

Nos hemos quedado así un buen rato: Sofía llorando, y Lucía y yo tratando de consolarla. Ni siquiera nos hemos percatado de que llegábamos tarde a cenar, hasta que hemos oído unos golpecitos en la puerta de la cabaña.

¿Y qué podía hacer yo? ¡Pues he soltado a Sofía y he ido a abrir la puerta! Por suerte, solo eran Hugo y Nico, que venían a buscarnos.

Hugo: Chicas, ¿os queda mucho? ¡Si no llegamos pronto no quedará nada que comer en el bufet!

Para que los chicos no vieran el drama que teníamos dentro de la cabaña, he salido dejando la puerta entreabierta. Luego he descubierto que era mala idea, porque enseguida a Nico se le ha puesto una sonrisa pícaro en los labios.

Nico: Uy, Martina, ¿qué haces? ¿Quieres que me marche? Me parece que aquí sobro...

En serio, estoy segura de que Nico dice esas cosas PARA CHINCHARME. Y lo ha conseguido, porque se me ha escapado una risa nerviosa... que ha quedado silenciada por un sollozo supertriste que procedía de dentro de la cabaña. Al oírlo, Hugo ha puesto cara de sorprendido y se ha acercado a la puerta.

Hugo: ¿Qué es ese llanto? ¿Estáis bien?

Como yo ya no sabía qué más podíamos hacer para consolar a Sofía, se lo he acabado contando todo a los chicos. Primero hemos pensado que, quizá, si la llevábamos con Radne podrían hablar, pero luego hemos decidido que todavía se pondría peor. Hemos seguido hablando, buscando una forma de que a Sofía se le pasara el disgusto... y al final solo hemos encontrado una solución: ¡teníamos que conseguir que el resto de nuestros días en las **Maldivas** fueran tan espectaculares que Sofía se olvidara del sireno!



Lo hemos intentado. Os prometo que lo hemos intentado **TODO**. No le hemos quitado el ojo de encima a Sofía, la hemos animado a participar en tooodas las actividades que nos habían preparado los profesores para el **viaje**: esnórquel, senderismo, un día de turismo por Malé (la capital de las **Maldivas**), una excursión en barco a una isla desierta... Nos hemos hecho fotos con ella, incluso me arriesgué a que me regañaran haciendo un musical.ly en la playa con ella... Y además, hemos intentado estar alegres **TODO EL RATO** (y eso es agotador, en serio), porque así creíamos que algo se le iba a contagiar a Sofía...

Pero no. Se ha pasado los días sin decir ni una palabra, siempre con la mirada baja, a punto de llorar. Hasta hoy, justo el día antes de regresar a nuestras casas, cuando después de una excursión para ver unos arrecifes de coral en un barco con el fondo de vidrio, los profes nos han llevado a comer a un restaurante que se llamaba: **EL HOGAR DE LAS SIRENAS**.

En serio, ¿es que no había un lugar peor al que ir?

Nada más acercarnos, al leer el nombre del restaurante, nos hemos mirado entre nosotros. ¡Teníamos que hacer algo para evitar que Sofía lo viera! La

primera en reaccionar ha sido Lucía, que ha corrido a taponarle los ojos a su hermana y entonces, POR FIN, Sofía ha abierto la boca, pero ha sido para decir:



Sofía: ¡Ay! Pero ¿qué bruta eres! ¡Me haces daño!

Lucía: Uy, lo siento..., no me había dado cuenta... Es que... ¡Es que tenías algo en el ojo!

En el acto, Sofía se ha quitado a Lucía de encima de un empujón. Tenía la cara roja, pero no de estar a punto de llorar, ¡sino de estar muy enfadada!

Sofía: ¡¿Por qué no me dejáis en paz?! ¡Lleváis unos días superraros conmigo y estoy harta!

Sofía ha comenzado a apartarse de nosotros, pero su hermana la ha sujetado por el brazo para que no lo hiciera. Parecía casi tan enfadada como ella.

Lucía: ¡No te quejes! ¡Si nos ves raros es porque hemos hecho lo imposible para que te sintieras bien! ¡Y encima luego te pones así! Pues mira, ya sabemos que estás triste, pero ya que hacemos el esfuerzo, tú podrías poner un poco de tu parte e intentar estar alegre de vez en cuando...

Quizá Sofía se haya percatado en ese momento de que Lucía tenía razón. El caso es que, al oírla, ha levantado la mirada. Era la primera vez que lo hacía en todo el día... ¡Y HA SIDO EN EL PEOR MOMENTO! Porque, claro, ha visto el nombre del restaurante.

Yo pensaba que a Sofía ya no le quedarían lágrimas, pero estaba equivocada. Sofía ha estallado en sollozos, las lágrimas recorrían sus mejillas como ríos, como océanos... Incluso cuando se ha tapado la cara con las manos, le resbalaban unos lagrimones enormes por entre los dedos...

Y mientras tanto, ¿qué hacíamos nosotros? Pues intentar consolarla. Hugo le ha dicho que por favor no llorara, Nico ha comenzado a decir tonterías para ver si conseguía hacerla reír, Lucía la ha abrazado... pero nada funcionaba. Todos (nuestros compañeros, gente que pasaba por la calle...) se han acercado para preguntar qué le ocurría. También ha venido el profesor Richard a ver cuál era el problema, pero nosotros le hemos dicho que ninguno, que Sofía se había caído, pero que no era grave.

Y mientras tanto, Sofía lloraba, y lloraba, y no podía parar.

A la desesperada, le he dicho:

Yo: Sofía..., tienes que dejar de llorar. Piensa en cosas bonitas, piensa en... ¡en unicornios!

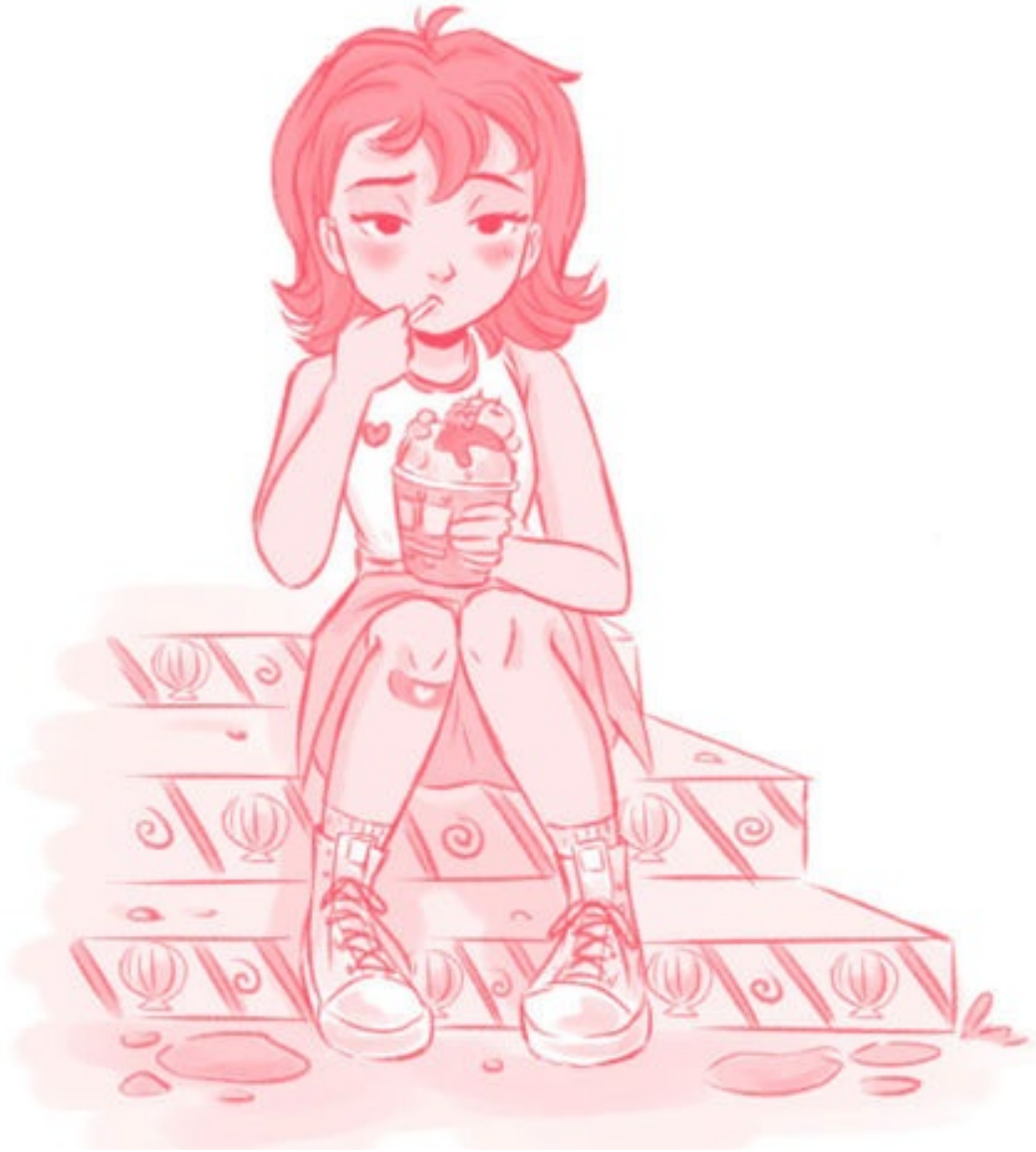


Pero no ha funcionado.

Le he propuesto que pensara en todas las cosas bonitas y graciosas que se me han ocurrido: en cachorritos, en gatitos, en la gata de las historietas *Pusheen*, en arcoíris... pero en vano: Sofía seguía sin parar de sollozar.

A mí se me estaban acabando las ideas, y al final le he dicho, desesperada:

Yo: Sofía, ¿quieres que te compre un helado?



Y entonces... ¡UN MILAGRO ALUCINANTE! Sofía ha parado de llorar, aunque seguía hipando un poco, y ha respondido, con voz bajísima:

Sofía: Vale...

Todos, especialmente yo, hemos suspirado de alivio. Quizá Sofía no estaba bien al cien por cien, pero por lo menos no parecía tan triste, así que he corrido al interior del restaurante para comprar el helado más grande que tuvieran, y se lo he dado a mi amiga. Cuando ha comenzado a comer el helado, que era de frutas tropicales, solo tenía los ojos un poco rojos. Eso sí, no ha querido entrar a

comer con nosotros porque ha dicho que, seguro, el nombre del restaurante la haría llorar otra vez, así que se ha quedado fuera.

Yo he estado a punto de quedarme con ella, para que por lo menos tuviera compañía, pero Lucía me ha convencido de que Sofía necesitaba un poco de aire, quedarse a solas un rato.

Mientras entrábamos al restaurante, ha dicho:

Lucía: Quizá sí que la hemos estado agobiando un poco estos días, aunque lo hiciéramos para que no estuviera triste... Pero, bueno, parece que tú lo has arreglado. ¿Cómo se te da tan bien, Martina? Tienes un talento natural.

Yo: ¿Un talento natural para qué?

Sofía: Para alegrar a las personas.

Yo nunca había pensado algo así de mí... pero Lucía es, siempre lo decimos, la más sensata de todos. ¿Tendrá razón?

Quizá, en un futuro, tendría que usar más ese talento natural que dice que tengo...



El resto del día lo hemos pasado en la playa, buceando cerca de la costa y haciendo castillos de arena. Parecía que Sofía estaba más animada... pero solo lo parecía, porque cuando hemos regresado al hotel para cenar, nos ha pedido que esperáramos, que quería confesarnos una cosa.

Antes de que comenzara a hablar, yo ya estaba asustada...

Sofía: Chicos..., lo he decidido, no me quiero marchar de aquí. Quiero quedarme a vivir con Radne en la ciudad de las sirenas.

¡AJÁ! Pues resulta que yo tenía buenas razones para asustarme... Nos hemos quedado todos supercallados y estoy segura, segurísima, de que todos pensábamos lo mismo: teníamos que convencer a Sofía, como fuera, de que se quitara esa **idea** de la cabeza.

Lucía: Pero, Sofía..., ¿cómo vas a quedarte aquí tú sola? ¿Y qué les decimos a nuestros padres?

Yo: ¡No puedes quedarte! ¡Te echaríamos todos de menos un montón! ¡No puedes quedarte aquí! ¿Qué haríamos nosotros entonces?

Hugo: ¡Peor aún! ¿Cómo se lo explicamos a los profesores?

Nico: ¡Además, ya viste que las sirenas y los sirenos solo comen pescado y algas! ¡Echarías de menos los helados, seguro!

Le hemos dicho todas estas cosas, y muchas más, pero sabíamos que solo había una persona que pudiera convencerla.

Mientras Lucía, Hugo y yo tratábamos de razonar con Sofía, Nico se ha escabullido del hotel. Ha estado fuera mucho rato... tanto, que nosotros ya habíamos comenzado a preparar las maletas (todos salvo Sofía, claro, que como seguía emperrada en quedarse, simplemente se ha sentado sobre su maleta y se ha limitado a mirarnos mientras Lucía y yo nos poníamos manos a la obra). Pero entonces, casi ya a la hora que teníamos que acostarnos, Nico ha llegado corriendo a nuestra cabaña. Con él estaba Hugo y cuando Lucía, Sofía y yo hemos salido... hemos visto que allí también estaba Radne, en el agua, justo en el borde de la terracita sobre el **mar** que tenía nuestra cabaña del hotel.

El sireno nos ha saludado con una sonrisa triste.

Radne: Hola, chicos..., ¿os importaría si... si hablara a solas con Sofía?

Nos hemos alejado un poco. No voy a mentir: me habría encantado quedarme y escuchar la conversación pero, a la vez, sabía que teníamos que dejarles un momento de intimidad...

No, en serio, me **MORÍA DE GANAS** de escuchar de qué hablaban Sofía y Radne. Me he hecho un poco la remolona, y he llegado a oír que Radne decía:

Radne: Lo siento mucho, Sofía. Nico me ha contado que quieres quedarte aquí, pero no puede ser. Aunque yo también estoy

empezando a sentir cosas por ti, me temo que este no es tu hogar...

Y entonces, Lucía, que **PARA ESO ES LA SENSATA DEL GRUPO**, nos ha arrastrado a todos lejos. Sofía y Radne han estado solos mucho rato hablando entre susurros, así que mientras esperábamos, nos hemos sentado en una de las pasarelas de madera que comunicaban entre sí las cabañas del hotel. Desde allí, nos hemos quedado observando el cielo más lleno de estrellas que yo había visto en mi vida.

Deben de haber pasado horas, pero al final los susurros entre Sofía y Radne han dejado paso a un silencio a través del cual hemos oído el ruido de algo que salpicaba en el agua: era Radne, que se ha acercado nadando. Se ha despedido de todos nosotros, y a cada uno nos ha regalado un collar hecho de conchas marinas. Y al final, se ha despedido de Sofía. Ella estaba llorando y estoy convencida (aunque claro, era difícil asegurarlo, porque Radne siempre estaba en el agua) de que él también. A Sofía le ha regalado el mismo collar de conchas que a nosotros, pero además le ha dado un anillo con un coral púrpura engarzado. Le ha dicho, muy bajito y con la voz temblándole, que era un anillo mágico, y que lo frotara cuando se sintiera triste.



Después Radne se ha despedido otra vez, y se ha sumergido en el **mar**.

No lo hemos visto más. Ni por la noche ni por la mañana, puesto que nos hemos levantado tempranísimo para ir hacia el aeropuerto, y no hemos tenido tiempo.

Estoy segura de que Sofía será quien lo eche más de menos, pero yo tampoco olvidaré jamás esa aventura en las **Maldivas**, y el hogar maravilloso de las sirenas...



¡VOLVEMOS A CASA!

Toda esta historia es un poco triste, ¿verdad? Es decir, bonita... pero ya ha pasado una semana entera y, aunque Sofía parece un poquito más animada, todavía se pasa muchos ratos callada, o mirando por la ventana.

No sé si es buena idea, pero hoy he invitado a mis amigos a mi casa para ver juntos las fotografías que nos hicimos en las **Maldivas**. En mi habitación, sentados en el suelo, hemos recordado las playas, y el **mar** azulísimo, y los peces de colores y todas las aventuras que vivimos allí.

Y Sofía también ha recordado una cosa: el anillo que le regaló Radne.

Sofía: Chicos..., ¿os acordáis que Radne me dijo que, cuando me sintiera mal, frotara el anillo?

¡el anillo! ¡cómo habíamos
podido olvidarnos de algo así!

Yo: ¡Ostras, es verdad! ¡Frótalo a ver qué pasa, Sofía!

Ella todavía ha dudado unos segundos. Al principio los ojos se le han puesto rojos, pero entonces ha comenzado a tocar el trozo de coral púrpura que había en el anillo.

¿Alguien me cree si digo que, en ese momento, me ha parecido sentir el olor del mar?

¿O que, de repente, mientras todos observábamos el anillo con atención, una estela de purpurina ha comenzado a extenderse por mi habitación?

En medio de esa purpurina, ha aparecido una luz de un verde claro, como un holograma, y en ese holograma hemos visto a Radne nadando por las inmensas profundidades del mar, y se lo veía muy feliz.

Y si él era feliz, nosotros también. Incluso Sofía ha sonreído, aunque era la sonrisa más triste del mundo.

Se ha quedado mirando el holograma en silencio y, una vez más, se le han llenado los ojos de lágrimas. ¡Normal! Debe de ser muy duro conocer por primera vez el amor verdadero y tener que decirle adiós.



Nosotros solo hemos podido hacer una cosa: darle un abrazo, para que supiera que estaríamos siempre a su lado. Ella ha sonreído y nos ha dicho que, por más triste que estuviera ahora, sabía que junto a nosotros conseguiría estar bien muy pronto.

Para eso están los amigos, ¿no?

¡No te pierdas esta nueva aventura de #LaDiversiónDeMartina!

¡Nos vamos al PARAÍSO!

Sí, sí, lo has leído bien: playa, sol, buceo, paisajes increíbles y un montón de aventuras ¡incluso bajo el mar!

¿Te lo vas a perder? La diversión está ASEGURADA.

Martina tiene 13 años, una imaginación desbordante y ¡un canal de Youtube de mucho éxito! «La diversión de Martina» es una serie de libros de ficción inspirada en ella y su mundo que encantará a sus seguidores.

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Martina D'Antiochia

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Laia López, por las ilustraciones

Penguin Random House Grupo Editorial / Judith Sendra, por el diseño de interior

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17460-85-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Fin de curso en el paraíso

¡¡Que nos vamos de viaje!!

Objetivo: ¡Ser responsable!

¡Cambio de planes!

¡Las cosas se complican!

¡Hora de entrar en el cole!

¡Maldivas, allá voy!

¡Ya queda menos!

¿Que si ha valido la pena?

¡Hay que llegar al hotel!

¡Al agua!

¡Volvemos a casa!

Sobre este libro

Créditos